

12-2013

El Murmullo de la Noche: Antología de Cuentos Extranos

Alberto Alejandro Cabada
University of Texas-Pan American

Follow this and additional works at: https://scholarworks.utrgv.edu/leg_etd



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

Cabada, Alberto Alejandro, "El Murmullo de la Noche: Antología de Cuentos Extranos" (2013). *Theses and Dissertations - UTB/UTPA*. 846.

https://scholarworks.utrgv.edu/leg_etd/846

This Thesis is brought to you for free and open access by ScholarWorks @ UTRGV. It has been accepted for inclusion in Theses and Dissertations - UTB/UTPA by an authorized administrator of ScholarWorks @ UTRGV. For more information, please contact justin.white@utrgv.edu, william.flores01@utrgv.edu.

EL MURMULLO DE LA NOCHE
ANTOLOGÍA DE CUENTOS EXTRAÑOS

A Thesis

by

ALBERTO ALEJANDRO CABADA

Submitted to the Graduate School of
The University of Texas Pan-American
In partial fulfillment of the requirement of the degree of

MASTER OF ARTS

December 2013

Major Subject: Spanish

EL MURMULLO DE LA NOCHE
ANTOLOGÍA DE CUENTOS EXTRAÑOS

A Thesis
by
ALBERTO ALEJANDRO CABADA

COMMITTEE MEMBERS

Dr. Edna Ochoa
Chair of Committee

Dr. Lino García
Committee Member

Dr. Héctor Romero
Committee Member

December 2013

Copyright 2013 Alberto Alejandro Cabada

All Rights Reserved

ABSTRACT

Cabada, Alberto Alejandro, El murmullo de la noche: Antología de cuentos extraños. Master of Arts (MA), December, 2013, 84 pp., references, 24 titles.

La presente tesis es un trabajo de creación literaria. Esta antología está compuesta de trece cuentos cortos en los que se relatan diversas historias usando una narrativa en primera y tercera persona. Los géneros que se manejan en estos cuentos son el terror, el surrealismo y lo fantástico, desarrollando los temas de la muerte, la locura, la soledad y el horror. Asimismo, es una obra creativa que comparte rasgos con la literatura del período romántico y los movimientos naturalistas y simbolistas de finales del siglo XIX, al igual que la vanguardia latinoamericana de principios del siglo XX.

DEDICATION

Dedico esta tesis con cariño a Gloria e Israel, mis padres. Gracias por estar y por no estar. A Glendy, por escucharme durante toda la maestría y apoyarme en el recorrido de esta obra literaria que he finalizado a pesar de los obstáculos, con tanta disciplina, sudor y sangre. A Lisa, por sus palabras positivas a través del Océano Atlántico. A Alberto, Emilio y Pablo por ser la luz en mi camino y el combustible de mis proyectos.

ACKNOWLEDGEMENTS

Quiero agradecer a la directora de esta tesis, la Dra. Edna Ochoa por su guía y su respeto hacia este proyecto. Por entender la oscuridad de estas historias e instruirme en las teorías de los grandes cuentistas y excéntricos que han forjado la literatura universal, por apoyar la escritura en español y dejar fluir el arte que nace de mis letras, gracias. A los miembros de mi comité: el Dr. Lino García por su respeto, su enseñanza y por mostrarme la luz de Cervantes; el Dr. Héctor Romero por su instrucción, su apoyo y por entender la complejidad de *Les Fleurs du Mal*. Igualmente, a todos los profesores que han contribuido en mi formación académica en este complejo mundo de la crítica y teoría literaria, la literatura, la investigación y la lingüística española, gracias. Por último, a la memoria de todos los poetas malditos que me han acompañado hasta hoy en esta travesía literaria.

TABLE OF CONTENTS

	Page
ABSTRACT.....	iii
DEDICATION.....	iv
ACKNOWLEDGEMENTS.....	v
TABLE OF CONTENTS.....	vi
CHAPTER I. INTRODUCTION.....	1
CHAPTER II. AVES MALDITAS	20
El funeral de mi abuela.....	20
La noche de los pájaros.....	23
Doña Lipa.....	28
CHAPTER III. FLORES DE LA LOCURA.....	32
Obsesión.....	32
El rosario de Lucrecia.....	37
El extraño caso de la hija del dentista.....	48
CHAPTER IV. EL ÚTERO DEL INFIERNO.....	54
El viaje.....	54
Una mañana.....	59
Fotografía.....	61
Tierra.....	64
CHAPTER V. DÍAS ESTRAMBÓTICOS.....	65

La hostería.....	65
El murmullo de la noche.....	68
Estación de tren.....	74
REFERENCES.....	81
BIOGRAPHICAL SKETCH.....	84

EPIGRAPH

“Where there is no imagination there is no horror.”

—Sir Arthur Conan Doyle

CHAPTER I

INTRODUCTION

Siempre he creído que para escribir hay que leer. El que no lee no puede ser o al menos no puede llegar a ser un buen escritor. La lectura es un elemento vital para los escritores y creo que es algo que los que escribimos ya traemos desde la infancia. Desde niño siempre me gustó leer, en mi casa siempre hubo libros y siempre se me inculcó la lectura; desde enciclopedias educativas hasta cuentos de fantasía, mitología griega y la obra cumbre de Cervantes en versión ilustrada para niños. La inquietud por escribir se manifestó en mi vida desde que era muy chico. Mis primeros textos los escribí a los doce años, escribía lo que para mí eran poemas y cuentos y al transcurrir los años, el deseo y la inquietud por escribir se convirtieron en una necesidad. Mi primera carrera como profesional es en el área de sistemas computacionales, camino que me ha llevado a logros satisfactorios en dicho terreno, pero que no crea pasiones en mi conciencia artística. Pienso firmemente que un hombre debe tener pasiones y desarrollarlas, la persona que no tiene pasiones de pronto cae presa en las garras de la monotonía y en ocasiones terribles puede llevarla a caer en la autodestrucción. Hay que tener propósitos y pasiones en la vida. Esta tesis refleja el fuego de mi alma y el hambre por construir historias e imágenes con palabras desafiando los paradigmas y combinando lo dantesco y lo divino de mi subconsciente con las ideas que se han desarrollado en mi interioridad creativa desde mi niñez hasta mi formación académica.

El siguiente trabajo de creación literaria es una antología de cuentos de terror en los que destaca lo fantástico y el surrealismo. Una colección de cuentos que reúne una amalgama de imágenes, ideas e influjos y que pretende impactar a los lectores de una forma diferente. Desde que era muy chico siempre he disfrutado del cine, historietas y literatura de terror. Pero en sí, ¿qué es o en qué consiste la literatura o filme de terror? A grandes rasgos, el terror es algo que nos desconcierta, algo que nos produce miedo o algo que no podemos explicar. Una definición más acertada sobre este género la proveen los autores James B. Weaver, III y Ron Tamborini en su libro *Horror Films: Current Research on Audience Preferences and Reactions*. En éste, apuntan, “Horror is characterized by fear of some uncertain threat to existential nature and by disgust over its potential aftermath, and that perhaps the source of threat is supernatural in its composition” (2). Para el escritor norteamericano H.P. Lovecraft, “horror is created when some natural law is violated. When this occurs, life as we once knew it starts to function according to laws we do not understand and over which we have no control” (Lovecraft citado en Weaver, III y Tamborini 3). Esta sensación que señala Lovecraft es algo que intento plasmar en mi narrativa y en mi poética ya que creo que el terror es un género imprescindible en las letras españolas. Actualmente, es muy popular en la literatura anglosajona y destacan prolíficamente escritores en el ámbito comercial como Stephen King, Anne Rice y J.K Rowling, por mencionar algunos, y con frecuencia su trabajo es llevado al cine en una industria donde no importa mucho la calidad literaria sino la mercadotecnia, donde el objetivo principal es convertirse en un éxito taquillero y generar millones de dólares. No dudo que en México o en algún otro país de habla hispana existan escritores de mejor calidad de la cuentística del horror, pero por situaciones monetarias y falta de apoyo a este género literario culturales, es difícil encontrar en nuestra lengua un contemporáneo de la escritura fantástica y de terror que tenga el mismo impacto; sin embargo,

pienso que el enfoque principal de un literato no es el éxito monetario sino el valor artístico de su obra.

La intención de los cuentos que presento en esta tesis es combinar la esencia del terror clásico con algunas condiciones humanas y la cotidianidad de la vida creando un estilo que va empapado por la tinta de los grandes cuentistas románticos y el ojo cinematográfico experimental de los máximos exponentes de este género. La finalidad de estos textos es tratar de crear una intertextualidad con lo literario sin cruzar la línea de lo comercial, conservando su esencia y su propia voz, creando puentes y tratando de llevar al lector a esa zona de la imaginación donde no existen los límites y lo onírico se mezcla con la realidad. Asimismo, a través de esta antología de cuentos extraños, rindo homenaje e intento rescatar el arte que fue consolidado por los maestros del cuento como Horacio Quiroga, E.T.A. Hoffmann, Edgar Allan Poe, entre otros y que se empezó a desarrollar desde la novela gótica a finales del Neoclásico y eventualmente, floreció en el decimonónico, como señala José Ramón Martínez Maestre en su libro *Horror gótico I*: “El horror gótico, surgido fundamentalmente desde finales del siglo XVIII y que llega hasta la actualidad, tomó carta de naturaleza con el movimiento estético conocido como Romanticismo” (9). Desde entonces ha habido una evolución en este tipo de narrativa. La novela gótica se enfocaba en “paisajes sombríos, bosques tenebrosos, abadías en ruinas envueltas por la niebla y castillos medievales con sótanos, pasadizos y criptas poblados de fantasmas, ruidos nocturnos, cadenas y esqueletos” (Martínez Maestre 10). El terror actual no se enfoca sólo en este tipo de argumentos o perspectivas fantasmagóricas. En el ensayo crítico sobre el filme de horror, “The Aesthetics of Fright”, publicado en el libro *Planks of Reason*, el autor explica los diferentes tipos de miedo que pueden surgir en un filme o argumento de terror: “It’s easy to enumerate the elemental fears which horror films uncover, stir up, and temporarily allay; fear of

the dark, fear of being alone, fear of enclosure, fear of the supernatural, fear of human blood, fear of corpses and cemeteries, the unquiet spirits of the dead, and so on” (Dickstein 70). Hoy en día el miedo se puede manifestar en un ambiente cotidiano donde no es necesario que existan seres sobrenaturales, donde el terror puede ser generado por cualquier persona sin importar el sexo, apariencia física o nivel socioeconómico todo depende del entorno donde se desarrolle una historia.

Todos los que creamos arte, ya sea en la escritura o cualquier otro tipo, tenemos una diversidad de ideas e influencias heterogéneas. Uno escribe de lo que conoce, lo que le apasiona lo que define su estilo y esto se ve reflejado en la culminación de una obra, ya sea cuento, novela, poesía o teatro. Al estudiar la Licenciatura en Letras Españolas, se explora un panorama extenso de la literatura hispanoamericana y peninsular y nos vamos definiendo e identificando con ciertos escritores. Lo mismo sucede con la Maestría en Literatura Española, uno se va adentrando más en las letras y va concatenando tendencias y teorías literarias refinando el gusto por cierto tipo de literatura. Los temas oscuros e híbridos en la literatura mundial siempre me han apasionado y eso es lo que germina al combinar todos los demonios internos que se vienen gestando desde mi niñez hasta el día de hoy, fusionando la tenebrosidad con lo literario tratando de desarrollar una narrativa intensa e inteligente que obligue al lector a pensar más allá de lo convencional. Las letras que constituyen este *apparatus* literario son relatos que han encontrado el oxígeno y la vida a través de este puente de aprendizaje académico para permanecer y penetrar en la mente del lector, creando modelos y produciendo laberintos que a veces ni uno mismo sabe que existen.

Además de la literatura clásica, un factor preponderante en mi narrativa es el cine. Desde niño siempre me gustaron las películas de horror. Me fascinaban las películas mexicanas de

monstruos y seres fantásticos de la década de los años cincuenta y sesenta, como *El vampiro* (1954), *El espejo de la bruja* (1962), *Santo contra las mujeres vampiro* (1962) y muchas más. Las obras de luchadores enmascarados son joyas del cine mexicano, que si bien han sido olvidadas en México, son aplaudidas y apreciadas en algunos de los festivales de cine más importantes del mundo como la reciente edición del Festival Europeo de Cine Fantástico de Estrasburgo en Francia.¹ Al final de los sesenta en México, el maestro Carlos Enrique Taboada le dio un giro *avant-gard* a su arte y creó dos de los filmes más emblemáticos del cine mexicano de terror gótico, *Hasta el viento tiene miedo* (1968) y *El libro de piedra* (1969), cintas influenciadas por el cineasta italiano Mario Bava. La trayectoria de Taboada es importante en México porque desarrolló con maestría el género del terror como muy pocos lo han logrado:

Buena parte del éxito de Taboada alcanzado por sus cintas de horror se debe más a las virtudes del director para elaborar atmósferas inquietantes que a la interpretación de sus actores. En este sentido, Taboada y Fernando Méndez han sido los únicos directores mexicanos que comprendieron la importancia de la sutileza del horror.

(cinemexicano.mty.itesm.mx)

En resumen, el séptimo arte juega un papel de vital importancia en la magia de estos cuentos. En el cine todo es visual, en mi narrativa también. Trato de crear con palabras, imágenes y sensaciones que se queden tatuadas en la mente del lector. Usando la narrativa en primera y en tercera persona, los símbolos, la metáfora y la sinestesia, estos textos cobran vida y ofrecen un

¹ Festival europeo de cine fantástico que se celebra anualmente desde el 2008 y está afiliado a otros importantes festivales de cine de terror en Europa, como los que se celebran en Bruselas, Montreal, Londres, Ámsterdam y Málaga. En la reciente edición de septiembre de 2013, se le rindió un homenaje especial a las películas del Santo, el Enmascarado de Plata. Ver Ángeles Pino Villela, “El Santo, ídolo del cine mexicano”, *Garuyo* Web 23 sep 2013, 13 nov 2013 <<http://www.garuyo.com/cine/santo-el-enmascarado-de-plata>>.

viaje al subconsciente del lector y creo que es lo interesante al deslizarse a través de este fatídico, pero hermoso género, que no hay límites para la imaginación y todo es posible.

Como mencioné anteriormente, todos tenemos influencias, la literatura es el alimento que nutre la imaginación y ayuda a definir el estilo de un escritor. En el primer mandato su “Decálogo del perfecto cuentista”, publicado por primera vez en la revista *El Hogar*² en Argentina en 1927, Quiroga escribió: “Cree en el maestro —Poe, Maupassant, Kipling, Chéjov— como en Dios mismo” (29). Es difícil tener un solo maestro debido a la riqueza que existe en el arte en todos los movimientos literarios desde la Edad Medieval hasta el día de hoy. En este trabajo de creación literaria rindo algunos homenajes a mis precursores literarios e influencias cinematográficas mezclándolos sutilmente con los textos y los temas de esta obra. En lo personal, admiro la narrativa macabra de Edgar Allan Poe, lo fantástico en el lenguaje de E.T.A. Hoffmann, la experimentación en los versos de Vicente Huidobro, la luminosidad en la poética de Octavio Paz, la oscuridad en la prosa de Horacio Quiroga y lo execrable en la poesía de Charles Baudelaire. Los períodos y corrientes literarias que han sido trascendentales para forjar la esencia de mis letras son el romanticismo, el simbolismo, el naturalismo, el creacionismo y el surrealismo.

Los temas centrales que manejo en esta antología son: la muerte, la soledad, la locura, el miedo, la venganza y la violencia. Estos temas se desarrollan a través de las historias narradas en diferentes contextos, algunos a través de historias realistas y otros a través de narraciones fantásticas creando tramas y labrando la esencia de la narrativa con el uso de símbolos y metáforas. Los textos que están escritos siguiendo una temática más realista, no por ser más

² *El Hogar* fue una famosa revista argentina que se enfocaba en la cultura, el arte, la literatura, el folklore y la cotidianeidad del pueblo argentino. Horacio Quiroga y Jorge Luis Borges son dos escritores celebres que publicaron en esta revista. Ver Pablo Mendelewich, “Las revistas argentinas”, *Contratiempo: El pensamiento en la Argentina*. Web Feb-Mar 2002, 13 nov 2013 <<http://www.revistacontratiempo.com.ar/revistasargentinas.htm>>.

apegados a la realidad significa que no entran en el marco tétrico de esta antología, sino todo lo contrario, al crear imágenes y situaciones de crudeza en algo habitual que hoy en día podemos ver en algún noticiero de televisión en cualquier parte del mundo, le da un toque aún más macabro que los textos que entran en la irrealidad fantástica.

A continuación entraré de lleno a señalar los elementos y recursos literarios que utilicé para escribir esta antología de cuentos extraños. La poética y la experimentación del poeta chileno Vicente Huidobro juegan un rol de vital importancia en el alma de estos textos, no porque exista alguna similitud, sino porque la poética y la sed por estimular los sentidos son constantes en cada relato. El concepto de Huidobro de crear haciendo uso de los efectos visuales con palabras y tomando los versos como los elementos básicos para la creación, es parte esencial en las arterias de esta tesis. En su poema “Ars poética”, Huidobro escribió que “El poeta es un pequeño Dios” (*The Poet is 4*), y es en ese sentido pienso que como escritores todos somos dioses de nuestras propias creaciones literarias. Otro elemento que manejo en mi escritura es la sinestesia, figura retórica esencial en la poesía simbolista de Baudelaire, que cuando se combina con los símbolos y la metáfora tiene un efecto más palpable para los sentidos. Esa es la intención del uso de mi lenguaje y lo alegórico en este trabajo creativo: crear con letras imágenes que tengan ese efecto en el lector.

El surrealismo es otro elemento que está muy marcado en el alma de estos trece cuentos que conforman mi trabajo. El cine *avant-garde* del director chileno Alejandro Jodorowsky³ también es un factor fundamental para ir moldeando mi narrativa y mi voz poética en estos cuentos. Como lo dije al principio de esta introducción, uno escribe sobre lo que conoce, lo que

³ Alejandro Jodorowsky escribe poesía, cuento, novela y teatro, pero es mundialmente conocido como director de cine de culto. Fue en México donde desarrolló sus filmes *El Topo* (1970) y *Santa Sangre* (1989). Ver Alejandro Jodorowsky, *La danza de la realidad* (México: Debolsillo, 2007).

le apasiona, lo que le inspira y es ese ímpetu y esa hambre por crear que se va desarrollando al transcurrir los años y uno va edificando y moldeando su formación académica a través del influjo que nos da la literatura, el cine, la música y el arte en general. Otra de las formas en las que el séptimo arte se manifiesta en mi trabajo creativo es a través de la influencia del lente surrealista del cineasta David Lynch, cuyas imágenes oníricas suelen cautivar a un pequeño grupo cinéfilo mientras desagradan a la mayoría de la audiencia que no aprecia este tipo de expresión artística cuya característica es de un alto grado de experimentación. De la misma forma, los cuentos plasmados en esta tesis comparten con Lynch visiones e imágenes fantásticas que desconciertan, que rompen con los esquemas y adquieren otras dimensiones con la finalidad de crear una experiencia impactante e inolvidable en el lector.

Poe señala la importancia de la *unidad de impresión* en un cuento. Apunta que un escritor debe saber el desenlace y el efecto que quiere causar en el lector desde antes de empezar a escribir, y así tener bien definido su camino y poder llegar a esa unidad de impresión. Escribe que para poder obtener esa unidad de impresión, un texto no debe ser muy corto como un poema ni tan largo como una novela, sino que debe llegar a un punto medio, y la mejor forma de lograrlo es a través del cuento. “El cuento breve, en cambio, permite al autor desarrollar plenamente su propósito, sea cual fuere. Durante la hora de lectura, el alma del lector está sometida a la voluntad de aquél. Y no actúan influencias externas o intrínsecas, resultantes del cansancio o la interrupción” (“La unidad” 17). Explica también que los temas del amor y la belleza son elementos que se tratan mejor en la poesía y que temas como el terror, la pasión y el horror son elementos que se pueden desarrollar mejor en un cuento y dar la fuerza para llegar a esa unidad de impresión que deje una marca imborrable en la mente del lector. (“La unidad” 18). Yo también lo creo así. Los cuentos con un buen efecto de *shock* suele tener buenas

consecuencias en este tipo de literatura, siempre y cuando sea original y sea tejido con elegancia y cree paisajes con los cuales el lector se pueda identificar en lo bello o en lo tenebroso. Cada escritor expresa su punto de vista y las reglas que debe seguir para lograr un buen cuento. En ese sentido mis cuentos tratan de lograr esa unida de impresión a la que se refiere Poe, además de integrar la temática del horror para que tengan un toque muy especial de oscuridad. . Cada lector que lea los cuentos en este trabajo de escritura creativa será llevado a través de senderos tenebrosos en los que la unidad de impresión juega un rol esencial.

En algunas pláticas he escuchado de algunos colegas escritores que para que un cuento sea más efectivo no debemos abusar del lector en cuanto a la complejidad del lenguaje. Difiero con esa idea ya que la palabra “abusar” lleva una connotación negativa porque cada cuento constituye sus propias leyes y el lenguaje puede variar desde lo más complejo hasta lo más sencillo o viceversa, dependiendo de las propias leyes de ese universo. Pienso que cada uno de nosotros crea su propio arte y desarrolla un estilo propio de acuerdo a su narrativa, influencias, atmósfera o temas, y si el lector busca ese tipo de literatura, es porque la va a absorber y va a satisfacer una necesidad por una escritura menos convencional que no sigue un patrón predecible ni estructura establecida u orden cronológico. Lo mismo sucede en la pantalla grande, existe otro tipo de cine más inteligente que se le conoce, comúnmente, como “cine de arte”, porque como la misma estampa lo indica, es un producto que se enfoca en explorar otros lenguajes fílmicos, no con el objetivo de vender millones, sino para expresar y crear obras originales; a veces complejas, experimentales o que simplemente rompan el equilibrio de lo que dictan las grandes casas productoras. Para ese tipo de cine hay otro tipo de audiencia al igual que para el tipo de literatura que presento en esta antología. A ese respecto, el escritor ruso Anton Chéjov nos indica que hay que dejar la subjetividad a un lado para llegar a escribir un

buen cuento, señalando que “Cuando escribo confío plenamente en que el lector añadirá los elementos subjetivos que están faltando en el cuento” (25). Eso es exactamente lo que pretendo en esta antología, presentar trece textos con un cierto grado de complejidad donde el lector pueda adentrarse en los cuentos y participar en la lectura como un creador.

Por su parte, el escritor francés Guy de Maupassant, en su artículo “El objetivo del escritor”, manifiesta la importancia de la sagacidad del escritor para recrear la vida que nos rodea, la cual debe de ser de una forma sutil y sencilla que ni el mismo lector se percate de las intenciones del escritor en la historia o el cuento (69). Conuerdo con la teoría de este gran cuentista, porque debe haber un balance en la escritura entre lo complejo y lo que fluye de forma natural. Al final, pienso que todo se resume en el oficio del escritor. Maupassant señala que “cada quien crea, individualmente, una ilusión personal del mundo, que puede ser poética, sentimental, gozosa, melancólica, sórdida o frágil, de acuerdo con nuestras naturalezas. La meta del escritor es reproducir fielmente esta ilusión de realidad mediante el uso de todas las técnicas literarias a su alcance” (72).

Independientemente del tema o la complejidad, el esquema clásico del cuento tiene que seguir una estructura definida: introducción, nudo y desenlace. Sin embargo, no todos mis cuentos siguen este modelo rígido porque algunos de ellos llevan otra estructura. La creación de los personajes es muy importante para mí porque pienso que los escritores deben crear personajes con los que el lector se pueda identificar, dándoles vida y sentimientos, ya sean de angustia, miedo, melancolía o felicidad, pero siempre con ese toque de existencia donde cada personaje alcance su propia singularidad.

La atmósfera es otro elemento sustancial en los cuentos de terror, pues crea el mundo y los estados emocionales que predominan en cada historia. En mis cuentos, la temática que busco

proyectar es la ansiedad, el miedo, la violencia o la paz y esto se logra a través de la atmósfera. Una atmósfera bien desarrollada es como un manto que cubre el entorno de los personajes y proyecta la sensación deseada de acuerdo con la trama del texto. Es sumamente importante definir la atmósfera en un cuento para inyectar la dosis necesaria y tratar de transmitir y transportar al lector al texto creando una cadena de reacciones en su subconsciente y causándole un impacto a través de la lectura.

Otro elemento para crear el horror, lo caótico y lo sombrío en el cuento es el tono donde prevalece la postura anímica del escritor hacia sus personajes y la trama de la historia. Por medio de este elemento intento transmitir al lector la realidad y la irrealidad fantástica de estos textos. El tono moldea el sentimiento del cuento, ya sea melancólico, irónico, terrorífico o vengativo, como sucede en la esencia de los textos que presento en esta antología.

La trama es el núcleo en todos los relatos. Éste es el elemento donde se desarrolla el conflicto, lo que va narrando lo que se desenvuelve en el texto y que lleva al lector a la intriga de lo que acontece en la historia. Si la trama de un cuento no está bien desarrollada, puede caer en el aburrimiento del lector, por lo tanto, escribirla con atención y oficio es vital para el éxito de cualquier cuento, novela, comedia o guión de cine. En esta colección de historias, he creado la trama cuidadosamente con el objetivo de que el lector al tomar uno de mis cuentos siga leyendo página tras página hasta llegar al final de cada historia y quede marcado por el terror.

Por último, dos ingredientes más que se unen a los diversos elementos a los que recurrí para dar vida a estos cuentos, son la tensión y la ironía. La tensión que he desarrollado es vital en la trama de la cuentística. El propósito de ésta es ir incrementando lentamente una intensidad palpable a los conflictos e ir creando situaciones aberrantes como las que se suscitan en algunos de los textos; suministrando un toque de dramatismo y llevando al lector de un

extremo pasivo hasta el límite más extremista para llegar a un desenlace ominoso, como sucede en la mayor parte de mis cuentos. La ironía es el otro factor que juega un papel importante en estos textos, particularmente en mi cuento “La noche de los pájaros”, donde el sacristán, uno de los personajes principales, que representa la paz y la bondad, recurre a la violencia más sanguinaria para salvar a la población del clérigo.

Al escribir en primera persona, mis textos desarrollan una esencia diferente a la narrativa en tercera persona creando una identidad más personalizada. Esta técnica fue muy común en la obra narrativa del cuentista norteamericano Edgar Allan Poe, y aunque recurro a esta forma de escribir, la mayoría de mis cuentos utilizan el narrador omnisciente. Por otro lado, el centro de interés, que es otra de las técnicas, establece la estructura o armazón de una historia y gira alrededor de un elemento en particular con el cual los personajes, la trama y el *leitmotiv* de la historia se desarrollan. El cuento “The Purloined Letter”, traducido al español como “La carta robada” de Poe es un buen ejemplo del uso de esta técnica narrativa, la cual es clave en algunos de mis cuentos manifestándose primordialmente en “El rosario de Lucrecia”, “Fotografía” y “Obsesión”. El uso del *flashback* o la retrospección es una técnica usada para romper con el orden cronológico de una historia. Hoy en día es una técnica muy común en el cine y la televisión. En mi cuento, “Estación de tren” rompo con el orden cronológico de los hechos, narrando el cuento en fragmentos hasta llegar a la conclusión en la cual intento darle un final inesperado y sorprender al lector cuando se percate de lo que sucedió en la historia. Por último, el suspenso es una técnica que está presente en toda la obra y que intenta hacer de estos cuentos una lectura continua alimentando la curiosidad y el interés del lector para llegar a un desenlace inesperado en cada texto. Creo que como escritores, tenemos siempre que tratar de innovar y crear una obra original. Tanto la literatura como el cine es un compendio de ideas que se van

alimentado de otras ideas y así sucesivamente a través de la historia humana. Sin embargo, esto no es un motivo para no crear una literatura innovadora que rompa los esquemas de lo establecido. Al menos es mi forma de ver la escritura y es lo que pretendo lograr a través de la esencia de estos trece cuentos.

Creo que el cuento tiene que estar pensado y llevar una estructura desde la definición del nombre de un personaje. En mi caso, la vida y personalidad que les doy a mis personajes es de suma importancia. Pienso que algo que pudiera parecer un detalle pequeño para algunos escritores, para mí es de vital importancia. El nombre de un personaje debe tener un significado, un valor simbólico, algo que vaya con su esencia ya sea directamente al inicio del cuento o al final, en un desenlace inesperado. No creo en los nombres seleccionados al azar. El nombre de los personajes tiene que abrir otros mundos y enlazar cultura y conocimientos que le den una riqueza artística e intelectual a la obra. Todos los personajes en los cuentos aquí presentados tienen significados alegóricos, ya sean connotaciones religiosas o mitológicas vinculadas con alguna condición humana, o con el cine de culto de la época de los sesenta, pero todos en lo absoluto tienen un porqué, una razón de ser.

Los cuentos que forman la geografía de esta tesis están divididos en cuatro capítulos, empezando con el capítulo dos, “Aves malditas”; capítulo tres, “Flores de la locura”; capítulo cuatro, “El útero del infierno; y capítulo cinco, “Días estrambóticos”. Cada capítulo ha sido intitulado de acuerdo al contenido y los temas que se desarrollan en los cuentos que integran cada una de las secciones. Los temas recurrentes de la muerte, el horror, la locura, la soledad, la venganza y el miedo fluyen de forma impactante en la naturaleza de estos trece cuentos. En una obra creativa, cada escritor crea sus propios mundos y les da vida a sus personajes.

Mi cuento “La noche de los pájaros”, en el capítulo dos, que está formado por tres cuentos, es una exploración sobre las religiones paganas de los dioses antiguos de la Europa céltica mezclándolo con el realismo mágico. La historia se desarrolla en un viejo pueblo gobernado clandestinamente por el clérigo que tiene pacto con deidades malignas y practican el sacrificio de niños como ofrenda para levantar su cosecha de uvas y mantener al pueblo con vida. Esto es algo que llevaban a cabo las antiguas civilizaciones druidas y que al final del cuento se combina lo hispánico del realismo mágico con la historia y las religiones paganas de Irlanda y Escocia. El cine experimental del cineasta mexicano Carlos López Moctezuma fue inspiración para escribir este cuento, no enteramente en su contexto literario, pero sí tuvo un grado de influencia en algunas imágenes del clérigo, ocultismo y rituales de sacrificios humanos a dioses paganos. Como mencioné previamente, los nombres de los personajes salen a relucir. Al personaje central de este cuento lo nombré Dioniso, un sacerdote perverso que se encarga de la cosecha de las uvas. Elegí este nombre basado en Baco o Dioniso, el dios del vino, de la locura ritual y del éxtasis en la mitología greco-romana. Otro de los personajes importantes, es Cenobio, un sacristán que se encarga de derrotar al sacerdote perverso que por muchos años tenía al pueblo bajo su control. El nombre de Cenobio viene del latín *cenobium*, que significa monasterio, una palabra que define el sello del personaje que está consagrado a la iglesia y al servicio de Dios y que, finalmente, es el que derroca al sacerdote, tirano del pueblo. El bien triunfa sobre el mal y se hace una especie de justicia divina llevada a cabo a manos de los hombres que al final encuentran la paz en la tragedia y el crimen de una forma irónica.

Otro de los cuentos en este mismo capítulo es “El funeral de mi abuela”, el tema central que predomina, como lo indica el título, es la muerte. Es un texto que comparte algunos rasgos de “La noche de los pájaros” y de “Doña Lipa”, este último que también forma parte del capítulo

dos. Estos tres cuentos están plagados de aves representativas del mal y mujeres brujas que aterrorizan a los personajes en cada historia. El cuento está narrado en primera persona y éste no incluye personajes definidos por nombre, solamente el narrador y su abuela. Además de compartir las características mencionadas en este capítulo, como son las aves, los elementos sobrenaturales, las brujas y hechicería, también destacan en este cuento los cuervos que son el clímax de la narración y son una referencia al poema “The Raven” de Edgar Allan Poe (*Complete Tales* 68).

El tercer capítulo de esta antología también está compuesto por tres cuentos. El título que elegí para este capítulo es “Flores de la locura”, como homenaje al poemario simbolista de Charles Baudelaire, *Les Fleurs du Mal*, obra que tiene una influencia sustancial en mi poética y mi narrativa y que define de forma tangente el tema de la locura que se suscita en los tres cuentos que conforman la geografía de esta sección. En mi cuento, “El rosario de Lucrecia; por ejemplo, se desarrolla un horror doméstico con una crudeza y sensación de horror realista y naturalista que le da un toque macabro a la narrativa. En éste, narro los efectos de la depresión *postpartum* que lleva a una madre joven al borde de la locura por la soledad que la consume y el enojo contra Dios porque siendo una mujer sana que tiene una posición social respetable y una excelente solvencia económica, dio luz a un varón con Síndrome de Down; algo que la hiere e incrementa su locura al borde del crimen y los actos de violencia más crueles. Igualmente, este cuento comparte ciertos rasgos con el famoso cuento “La gallina degollada” de Horacio Quiroga manejando la violencia, la muerte, el retraso mental y, como un gesto de admiración, el nombre del personaje bebé en mi cuento es Horacio, rindiendo homenaje al célebre escritor uruguayo. En este mismo cuento, inserto elementos dramáticos con el propósito de llevar al lector a imaginar que está viendo una película, lo cual es uno de los objetivos principales en mi narrativa,

crear escenas visuales y, de la misma forma, no perder el enfoque en la importancia de definir a los personajes. El nombre que elegí para otro de los protagonistas de este cuento, es Carlos Enrique, en honor a Carlos Enrique Taboada, cineasta mexicano creador del cine de terror gótico al que admiro y que mencioné al inicio de esta introducción. Por último, el nombre de Lucrecia es una alusión a la locura que se desata en la historia y que al final lleva a un final trágico donde prevalece la violencia, la soledad y finalmente, la muerte.

En “El extraño caso de la hija del dentista”, manejo los temas de la locura y la muerte además del amor de un padre por su hija. Los cuentos “Berenice” y “The Black Cat” de Poe fueron inspiración para escribir este texto y la intertextualidad con ambos son notable desde que mi relato inicia citando el desenlace del tenebroso cuento del poeta maldito. El nombre de la antagonista del cuento es la tía Mara, nombre simbólico que significa literalmente, amargura, y es ésta condición humana la que lleva a este personaje a cometer actos crueles e injustos hacia Berenice, su inocente sobrina. La venganza es otro tema recurrente en este cuento y es consumada de forma siniestra por la protagonista de la historia, Berenice, que ejecuta su venganza irónicamente tras lo aprendido en los relatos de horror que su tía le leía antes de dormir con el fin de aterrorizarla. Además de la locura, la soledad es otro tema que resalta en este capítulo y se manifiestan en “Obsesión”, el tercer cuento que forma parte de este capítulo.

El nombre que seleccioné para el capítulo cuatro de esta obra es “El útero del infierno”. En esta sección de la antología destaca el tema de la soledad, el miedo a la muerte y el infierno en que los personajes se encuentran de forma literal y forma simbólica. “El viaje” es uno de los cuentos que le dan vida a este capítulo y es narrado en tercera persona, en el cual utilizo por medio de metáforas e imágenes surrealistas una descripción onírica del viaje de un hombre hacia al infierno después de morir en la soledad de su habitación. El cuento comparte la condición

poética de Baudelaire y es también un esfuerzo creativo en el cuál intento tejer la esencia de las letras malditas de la literatura que se escribían en París a finales del siglo XIX. El título “El viaje” tiene doble significado, ya que puede ser interpretado como el viaje que hace el alma de un ser humano al morir o a la diversidad de imágenes oníricas que a través de la narrativa, le ofrecen al lector un viaje a su propio inconsciente.

Otro cuento en este capítulo es “Una mañana”, en el cual una mujer se encuentra perdida en la soledad, melancolía y finalmente, en una furia descomunal tras descubrir la infidelidad de su cónyuge. Situación que la lleva al borde de la locura y a vivir su propio infierno interno, llevándola al asesinato y al final, al suicidio. “Fotografía” es el tercer cuento en este capítulo, y al igual que los otros cuentos que forma la anatomía de esta sección, relata la historia de un personaje que vive en su propio infierno al tener una obsesión amorosa con su hermana, situación que lo lleva a la locura y al asesinato. “Tierra” es el título del último cuento y el texto más corto de esta antología. Este breve relato se enfoca en el al igual que los infierno de un punto de vista crítico social. Usando la metáfora, narro la travesía de un niño que huye despavorido por un bosque tenebroso y que es perseguido por un cuervo malévolo que vuela encima de él y al mismo tiempo recita el poema maldito “Las letanías de Satán” de Charles Baudelaire. El niño logra escapar del cuervo, pero tiene que atravesar obstáculos espeluznantes de dolor y muerte. A la distancia percibe el terror del que logró escapar: un infierno creado por la guerra y la maldad del hombre. He aquí la crítica social al gobierno mexicano por la violencia y la corrupción que se desarrolla en mi país, particularmente en el estado de Tamaulipas. .

El quinto y último capítulo de esta tesis lleva por nombre “Días estrambóticos” y lo conforman tres historias. El terror toma vida en tres cuentos que juegan con la irrealdad fantástica y las imágenes creando un horror más visceral y más gráfico. Lem y Abernathy en su

estudio “Todorov’s Fantastic Theory of Literature” señalan que en la teoría literaria del filósofo búlgaro Tzvetan Todorov, está definido lo extraño-puro, lo fantástico-extraño, lo fantástico-maravilloso y lo maravilloso-puro, en referencia al cuento fantástico. Todorov apunta que las características en un cuento extraño-puro son los elementos, estrambóticos y sobrenaturales y los que al final de una historia no llegan a una explicación lógica y aceptable en el entorno en donde estos se desarrollan (229). En ese sentido, los cuentos en este capítulo entran en el marco teórico de lo extraño-puro porque no llegan a una explicación razonable. “The pure-uncanny amazes, shocks, terrifies, but does not give rise to indecision, This is the place of the horror story which presents occurrences that are frightful, extraordinary, but nevertheless rationally possible” (Lem y Abernathy 229-230),

Mi cuento “La hostería” maneja los elementos de lo extraño-puro en donde un hombre es seducido y torturado sexualmente por una mujer con lengua y cuerpo de serpiente, donde al final no hay una explicación lógica que otorgue una conclusión razonable al lector para entender el desenlace de la historia. “Estación de tren”, es otro de los cuentos que forman parte de este capítulo. Éste es narrado de un punto de vista en tercera persona y recurrí al uso de las epístolas para narrar la comunicación entre los protagonistas de la historia: dos hermanos que viven en diferentes continentes, el hermano llamado Ícaro, vive en América y su hermana, Perséfone, en Europa. Una vez más los personajes llevan nombres simbólicos que van de acuerdo a la personalidad y al destino de cada uno de ellos. El terror y la muerte son temas que se manifiestan en este extraño cuento llevando a los personajes a un final catastrófico. “El murmullo de la noche” es el tercer cuento en el capítulo cinco y es el cuento con el que cierro esta antología. También es el nombre que elegí para el título de esta tesis ya que siento que la noche encierra un misterio extraordinario y ha sido inspiración en la poética y la literatura desde

siempre. Este cuento combina la muerte con elementos oníricos y al igual que los demás, termina con un final impactante.

Para terminar, la colección de cuentos que presento en este trabajo de creación literaria es una travesía a lo desconocido, y en ocasiones, un viaje al inconsciente; un viaje al mundo de lo fantástico y el terror. Son cuentos que se tienen que analizar y que al final el lector tendrá la última palabra. En el libro sobre, su emblemático filme, *El Topo*, Alejandro Jodorowsky apuntó: “I ask of film what most North Americans ask of psychedelic drugs” (*El Topo* 97). Así es *El murmullo de la noche*, un salto tenebroso sin paracaídas al vacío psicodélico de las emociones; un salto al dominio de lo onírico donde todas las leyes de lo establecido son destruidas y no hay tiempo ni espacio para meditarlo, únicamente para absorberlo y disfrutar la belleza de este género donde todo es posible. Un periplo literario que galopa como un corcel de la noche enfurecido en busca de una salida.

CHAPTER II

AVES MALDITAS

El funeral de mi abuela

Cuando era niño, mi abuela me contaba relatos y me platicaba de las creencias que los ancianos contaban generación tras generación. Según ellos, esto era una forma de pasar la sabiduría a los jóvenes para proteger a sus familias contra enfermedades, tragedias y desdicha en general. Pero lo más importante era el conocimiento de rezos y conjuros para destruir a brujas y demonios que en aquella época caminaban la tierra entre los vivos y no tenían compasión alguna del hombre.

Todavía puedo recordar esas noches largas bajo los matices pálidos del atardecer. La voz rasposa de mi abuela, las venas anchas en sus manos y su piel dorada, cobija de arrugas, que tibiamente me daba paz y seguridad. Recuerdo el crujir de la leña y las chispas que salpicaban esporádicamente y convertían la noche en una cadena de ambrosías inolvidables. Mi abuela era una mujer muy sabia y siempre me decía que yo iba a hacer cosas muy importantes en la tierra. Sólo tenía siete años cuando me lo dijo por primera vez, pero sus palabras eran tan firmes y con tanta convicción que terminé aceptándolo. El día que mi abuela murió, yo tenía catorce años y fue el día más lúgubre y desgarrador de mi juventud. Me acuerdo que fue un domingo invernal en el año 87, hacía un frío destemplador y todo era gris esa mañana. La gente no hablaba, las miradas perdidas, los perros no ladraban y el viento melancólico golpeaba mi rostro sin piedad.

La última vez que vi a mi abuela fue antes de que cerraran su ataúd. Sus ojos estaban abiertos. Sus pupilas habían desaparecido y ahora sólo tenía dos retinas color celeste muy claro, casi blancas como las de un ciego. En sus labios tenía una discreta sonrisa que le daba un toque extraño y muy tenebroso. Sus manos venudas estaban entrelazadas, y entre sus dedos había un peculiar rosario de marfil rojo, que en lugar de tener al Cristo en la cruz, tenía una extraña figura de un hombre con cabeza de animal... algo similar a una criatura de la mitología griega.

Cuando los sepultureros se preparaban para bajar el ataúd a la fosa, una lluvia violenta irrumpió el momento réquiem. Todos los presentes se rejuntaron para no mojarse y para quedar bajo la lona que cubría el ataúd, las sillas y al cura en el entierro. De pronto se escuchó un fuerte golpe sobre la lona. Luego otro más y más y más... Instantes después, los golpes eran más fuertes, más sólidos y más rápidos. La gente desconcertada no sabía qué hacer, sólo se miraban unos a otros y hablaban entre sí. Fue hasta el momento en que la lona fue perforada por un enorme cuervo que el pánico estalló entre los reunidos, familiares y amigos. El cuervo se impactó sobre el ataúd con un ímpetu descomunal. A los costados, cientos de cuervos se caían sobre la calle, el césped, las tumbas y los automóviles en una macabra e inolvidable lluvia emplumada.

En cuestión de segundos todo esto se volvió un manicomio. Las mujeres corrían muy asustadas gritando que mi abuela era una bruja, mientras la lluvia de cuervos se intensificaba y golpeaba a toda la gente que corría aterrada a buscar refugio bajo los árboles y en sus automóviles. Los sepultureros, también asustados, soltaron el ataúd y huyeron entre la multitud. El féretro cayó al fondo de la fosa y se partió en dos. El cadáver de mi abuela quedó en el fondo de la tumba, su torso hecho pedazos y su cuerpo, parcialmente desnudo.

En sólo un instante, la lona había desaparecido. La gente se escondía para evitar ser lastimada por la negra ráfaga de plumas y lluvia. En sus caras había miedo, angustia y la sangre corría por algunos rostros. Durante el caos y confusión, me detuve a un lado de la tumba de mi abuela observando a toda la gente. No tenía miedo, ni preocupación de nada, pues sabía el fuerte lazo que teníamos ella y yo. Al parar la lluvia, la gente se alejó lentamente y yo no fui lastimado por ningún cuervo. El panteón, en su totalidad, quedó tapizado por lo que parecía una gigantesca manta de terciopelo negro. Yo me quedé solo a un lado de la tumba de mi abuela que había quedado completamente cubierta por una montaña de cuervos.

La noche de los pájaros

Cientos de pájaros negros volaban sobre el techo de la antigua parroquia cada vez que el péndulo golpeaba la campana. Todos los domingos los feligreses abarrotaban las bancas del tabernáculo para elevar sus plegarias y ofrendar, de forma humilde, el dinero que obtenían al trabajar arduamente en el viñedo de la región. Vivían en un pueblo pequeño. Un pueblo que sólo existía gracias a la producción tan prolífica de uvas que exportaban a la capital del estado. La gente asistía a misa con mucha devoción porque según los sermones del padre Dionisio, la tierra donde vivían había sido bendecida. Esa era la única razón por la cual los viñedos producían tanta uva y gracias a esto, los habitantes del pueblo tenían trabajo y podían mantener a sus familias. En sus sermones, el padre siempre encontraba la forma exacta de inyectarle al pueblo la idea de que siempre tenían que trabajar la tierra. No importaban las circunstancias, siempre hacía hincapié en lo vital que era no desistir en esa tarea.

El padre Dionisio era un hombre alto, ventajoso y de silueta amenazante. Siempre usaba botas negras. De lejos, los rayos de plata en su cabeza le daban una apariencia de bondad, pero su mirada cínica indicaba todo lo contrario. Los demonios de la lujuria pernoctaban en sus ojos, pero dormían muy bien, ya que nadie lo notaba. Era cuando la noche extendía sus alas de dragón, que el beato se transformaba en un depredador nocturno. Cuarenta, eran los años que tenía al servicio de la iglesia. Cuarenta años de mentiras y una apariencia bien trabajada como espada en su vaina. El placer que le daba burlar las ordenanzas de la iglesia iba más allá de los placeres de la carne. Dioniso llegaba al éxtasis más intenso al tener poder sobre las masas. Un éxtasis que ni siquiera las doncellas vírgenes que le llevaban a su cama le producían. El poder era algo que lo enloquecía y siempre lo iba a tener aunque tuviera que llegar a cometer las atrocidades más perversas para conseguirlo. Tener poder era la única razón de existir.

Desde hace varios meses la cosecha de uvas había ido disminuyendo. Una sequía acompañada de una plaga devastadora se había apoderado de la región. Los hombres trabajaban con intensidad desde temprano todos los días, pero extrañamente el fruto bendito moría antes de llegar a su madurez. La preocupación y el miedo se notaban en el semblante de toda la gente. Los ancianos del pueblo sabían que cuando la cosecha entraba en decadencia, la muerte cabalgaba en su pálido corcel por cada rincón del pueblo. En la iglesia, los creyentes se seguían congregando para pedir prosperidad y que el cielo abriera sus brazos para que la lluvia se derramara sobre los viñedos y todo volviera a la normalidad. Las madres de familia eran las que parecían ser las más afectadas e imploraban ayuda del cielo para que la sequía terminara.

Cenobio era el sacristán de la parroquia. El joven sabía que cuando la cosecha no era fructífera, el padre, el partero del pueblo y sus aliados se reunían por tres noches de forma clandestina en el sótano de la parroquia. Las reuniones duraban hasta el amanecer. El olor a humo y otras sustancias psicotrópicas escapaban del sótano. Nadie sabía de estos encuentros nocturnos, solamente Cenobio, que tenía más de dos décadas en el servicio eclesiástico, conocía las verdaderas intenciones de esas reuniones secretas. Sabía que el padre y su gente no adoraban al Dios del cual se predicaba en las misas. La angustia consumía al sacristán mientras caminaba en los pasillos de la iglesia, pues sabía muy bien lo que venía. Ya habían sido muchos años de tormento. En su memoria, la mirada asustada de su hermano menor nunca se había borrado. Recordaba con exactitud aquella noche de octubre cuando el pobre niño había sido arrebatado de su casa ante el llanto desgarrador de su madre y las voces de dos hombres tratando de consolarla. El olor penetrante a marihuana en la ropa de un hombre y unas botas negras dejando el piso de la casa lleno de lodo. Cenobio tenía ocho años y su hermano tenía dos.

Después de haber viajado al origen de su trauma, decidió que ya no iba a ser cómplice de tanta crueldad y tanta locura. Tenía que encontrar un cierre emocional a ese acontecimiento significativo de su vida. Tenía que detener al sacerdote. Se postró frente al crucifijo gigante que colgaba encima del altar, cerró los ojos y empezó a rezar. Un escorpión negro cayó de una de las vigas del techo sobre su cuello. Sintió que un escalofrío se apoderaba de él mientras elevaba sus oraciones al cielo pidiendo valor para enfrentar a las fuerzas del mal. Escuchó voces perversas a su alrededor y la risa de un hombre burlándose de él. Siguió orando con mucha fe. La alimaña y las voces desaparecieron.

A la mañana siguiente el sacristán despertó nervioso. Sabía que al meterse el sol, sería la tercera noche en la que el presbítero maldito y sus seguidores se reunirían en secreto. Después de esa noche realizarían los actos más inhumanos que alguien jamás hubiese imaginado. Sin perder el tiempo, salió a los viñedos para hablar con los capataces y los hombres más fieros del pueblo. En cuestión de minutos desenmascaró al padre ante la incredulidad y la rabia de los hombres. La reacción no era la que esperaba, pues la rabia de la muchedumbre era hacia él. Les pidió calma y que no actuaran por impulso, pero la multitud no entendía y lo querían linchar. Para los hombres encolerizados, hablar mal del padre Dionisio y la iglesia era el más vil pecado. Una falta de respeto que se tenía que pagar con la muerte. Cenobio imploraba que no lo mataran, pero los hombres cegados por la furia lo levantaron en brazos y cuando se disponían a quemarlo vivo el sacristán gritó desde sus entrañas:

—¡Bájenme, los puedo llevar a las tumbas! Tienen que ver que no les miento. ¡El padre Dionisio es un enviado del diablo! Se los voy a comprobar.

Los hombres callaron y bajaron al sacristán y accedieron a ver la evidencia. Caminaron unos kilómetros atrás de la parroquia y llegaron a lo que parecía un panteón escondido. Cenobio les indicó donde escarbar y poco a poco fueron desenterrando los restos de muchos niños. Los hombres entendieron que todo lo que el sacristán había dicho era cierto y en ese momento armaron el rompecabezas sobre la desaparición de niños en el pueblo desde hacía tantos años. De inmediato querían ir contra el padre, pero el joven siervo de Dios les dijo que tenían que ser inteligentes y formular una estrategia para detener al malvado cura que por tantos años había abusado de ellos.

Esa noche, sin explicación, la temperatura bajó de forma drástica. Estaban en pleno verano y el frío que envolvió al pueblo al caer el sol, lamía los huesos de la gente y peinaba las plumas de los pájaros que descansaban sobre las ramas de los árboles. Cenobio llevó a la parroquia a tres hombres armados con machetes. En sus manos, el sacristán llevaba un filoso azadón de pico. Se dirigieron con cautela al subterráneo secreto y lo que vieron les heló la sangre. Al fondo del sótano estaba el padre Dionisio vistiendo una túnica roja, y su rostro estaba cubierto por una enorme cabeza de macho cabrío similar al de *El aquelarre* de Francisco de Goya. A su alrededor estaban el partero del pueblo y ocho ancianas desnudas. Había varios corderos muertos en el suelo de caliche y en el centro había un gran altar hecho de mimbre donde yacía acostado un bebé recién nacido. El padre recitaba en una lengua extraña y las mujeres entonaban al unísono un canto macabro. Sin esperar más, los cuatro hombres armados se lanzaron como bestias sobre el partero y las ancianas. Los machetes volaban como aves carroñeras despedazando la piel marchita de las viejas brujas. El azadón de pico terminó incrustado en el cráneo del partero. Las deidades de la cosecha tendrían que esperar su alimento. El bebé no fue sacrificado.

Afuera de la iglesia cientos de pájaros volaban agitados en forma circular. Ya estaba amaneciendo y era domingo. Los graznidos producían una cacofonía infernal que poco a poco fue despertando a todo el pueblo. La campana de la parroquia sonó como cada siete días. El cuerpo ahorcado del padre Dioniso se mecía al compás del péndulo mientras una parvada de cuervos devoraba sus entrañas.

Doña Lipa

Doña Lipa era una mujer como de ochenta años. Era delgada y baja de estatura, de piel pintada por el sol y manos largas cubiertas de paño. Sobre su espalda el peso de una joroba inclinaba, ligeramente, su cuerpo hacia el lado izquierdo. Usaba vestidos negros y una pañoleta percutida para cubrir sus largos cabellos blancos dando siempre un aspecto de enlutada. Sus ojos eran como túneles profundos y miles de arrugas dibujaban en su rostro un pasado tormentoso. Vivía en una casa vieja, descolorida y carcomida por el tiempo, de paredes agrietadas y grandes ventanales taciturnos como los ojos de un búho. Era una casa que daba una apariencia de tristeza, soledad y abandono lo cual representaba de manera perfecta la vida de su dueña.

Recuerdo que había rumores en la colonia de que Doña Lipa había sido alguna vez una mujer muy perversa. Algunos decían que practicaba la magia negra y otros decían que era una hechicera muy poderosa. Ciertas personas se atrevían a decir que desde niña había sido consagrada al príncipe de la potestad del aire y por eso tenía tanta vida y poder. Según las damas de la iglesia, Doña Lipa tenía más de doscientos años, pero ni siquiera los curas que habían pasado por la parroquia a lo largo de varias décadas, habían indagado en la vida de la misteriosa mujer. Todo esto a mí me parecía una gran historia, un “cuento de rancho” que sólo la gente con muy poco intelecto podía creer y en lugar de asustarme me causaba una curiosidad profunda. Mis adentros ardían por saber realmente quién era o quién había sido esta señora.

Por las tardes, la extraña anciana vendía dulces en su casa. Las madres aterradas le tenían prohibido a sus hijos meterse a esa morada para comprar golosinas. A mí me parecía de cierta forma admirable y me producía ternura que una viejecita aislada del mundo moderno quisiera ganarse unos cuantos pesos y alegrar sus días sombríos viendo y escuchando las sonrisas de niños que, inocentemente, la visitaban todas las tardes para colmar de azúcar la leche en sus

delicados dientes, sin juzgarla o verla como una mujer maléfica. Las madres nerviosas y preocupadas obligaban a sus hijos a que fueran mejor al Oxxo, a la farmacia México o por lo menos con Balde, a la tiendita de la esquina. Lo que las madres no sabían era que en esas tiendas no vendían las golosinas que Doña Lipa ofrecía a sus pueriles clientes. Con ella podían comprar colaciones, huevitos confitados, conitos de cajeta y chicles Totito, entre otras golosinas diferentes que los niños no conocían y les parecían deliciosas. Se decía que conservaba todos los dulces en frascos de vidrio y que los vendía de forma individual sacando cada dulce con sus manos y recibiendo las monedas de los niños al mismo tiempo combinando dulces y bacterias en la superficie oscura de sus palmas. Algunos decían que no eran dulces, que lo que guardaba en los frascos eran ojos y dientes humanos y que por algún conjuro maligno hacía que los niños ingirieran las partes humanas. Una tarde fría de diciembre decidí investigar por mi propia cuenta qué era lo que pasaba en esa casa y ver a la famosa mujer que al paso de los años era considerada, por centenares de personas, una bruja malévola y perversa.

Al estar frente a su casa, una extraña sensación se apoderó de mí. No sé explicarlo con exactitud, pero era como si los dos ventanales me observaran de una forma violenta y me ordenaran que me alejara. Por un momento me detuve y observé a mi alrededor. La distancia entre la calle y la puerta sucia y descarapelada de la casa era de unos ocho metros. Ocho metros que parecían ocho kilómetros. Había árboles gigantescos de troncos arcaicos, lo cual me indicaba que ese terreno llevaba muchas décadas habitado por Doña Lipa, sus padres y posiblemente sus abuelos y quién sabe quién más. Era una casa antiquísima, de esas casas que respiran los secretos más oscuros de las familias. Esas casas que tienen la vista cansada de ver tantas historias e histerias. Esas casas que conservan esquirlas de sangre seca entre las grietas del frío mosaico. Casas que quizá tienen la muerte penetrada entre sus paredes. Caminé

vacilante hasta que llegué a la puerta. Toqué tres veces. Nadie abrió. Esperé unos segundos y volví a tocar tres veces. Nada. De pronto escuché a la distancia una risa extraña, se oía despacio, pero pude percibir que era una risa de mujer. Perplejo, traté de ignorar el incidente, pero era demasiado tarde, el pánico empezó a explorar mi piel. ¿Acaso todos los rumores que había escuchado desde niño eran verdad? ¿Era Doña Lipa en realidad una bruja maldita que devoraba niños y se daba festines con los ojos y frágiles cráneos de las inocentes criaturas? A mis espaldas había un gran árbol de aspecto tenebroso y lúgubre similar a los árboles que se pueden encontrar en ilustraciones del terror gótico de la Inglaterra del siglo XIX. Escuché claramente el aleteo de un ave y el crujir de las ramas por el inesperado movimiento. Sutilmente giré mi cabeza y dirigí la mirada hacia las ramas del árbol. Lo que vi me produjo un escalofrío penetrante. Sentí que perdía la fuerza en mis rodillas y el pulso se me aceleró de manera incontrolable. Ahí estaba, sobre una rama que amenazaba con quebrarse, un espantoso pájaro gris. Era de proporciones gigantescas como un cóndor de los Andes con la fuerza para levantar con sus garras a algún niño desafortunado. Su plumaje era cenizo, opaco con la apariencia de un trapeador asqueroso y maloliente. Los grandes ojos vidriosos tenían un brillo agudo de un tono amarillento y rojizo con las venas reventadas que le daba un aspecto demoniaco. Su pico era largo y puntiagudo y cuando lo abría se podían ver hileras de pequeños dientes como un serrucho. Con su mirada diabólica me observaba cautelosamente como advirtiéndome que no me moviera. De pronto soltó una carcajada que debe haber retumbado hasta el mismo infierno. Reía y reía como una anciana trastornada. Era una risa siniestra que hasta el día de hoy no he podido olvidar. El terror me tenía invadido, quería correr, pero mis pies no respondían. Una cascada de hielo escurría por mi espalda y mi sentido del oído se vio interrumpido por una sordera aplastante. Me quedé sordo, no escuchaba nada. Sólo veía al maldito pájaro que agitaba

sus alas de forma violenta al mismo tiempo que me descarnaba con su mirada. De pronto empezó a llover y el pájaro levantó el vuelo. Un trueno ensordecedor me sacó del trance y mi oído regresó. Escuché el cerrojo y la perilla giró.

La puerta se abrió lentamente...

CHAPTER III

FLORES DE LA LOCURA

Obsesión

Un insecto bajaba por la pared. La mujer de negro veía entre lágrimas cómo el pequeño animal caminaba apresuradamente hacia el piso. Por unos segundos salió de la tristeza que la envolvía y lo observó hasta que se perdió entre las coronas y arreglos florales. Era domingo, qué mejor día para despedir a su compañero de toda la vida. Entre llanto, abrazos y condolencias, el tiempo se esfumó y en menos de lo que esperaba, el féretro bajaba con lentitud a la fosa para obtener el descanso eterno. Se acercó y arrojó un clavel color vino para despedir a su amado.

Los días que siguieron fueron muy tristes. Había estado casada por casi cuarenta años. Ya era una mujer en la tercera etapa de su vida y estaba sola. Nunca tuvieron hijos, siempre estuvieron solos y felices. Por las mañanas, la fruta partida en cuadros exactamente del mismo tamaño ya no sabía igual, ya no eran cuadros perfectos y el café había perdido su intensidad. Cuánta desolación castigaba los días cenizos de la indefensa mujer. Por las tardes le gustaba abrir el viejo álbum de fotos y paseaba sus manos sobre las imágenes impresas que la transportaban a esos momentos de felicidad. Por las noches todo era silencio. Ya no tenía la respiración sobre su espalda que la arrullaba cada noche, ahora todo era un manto de silencio.

Un mes después del fallecimiento de su esposo, se encontraba caminando en un parque de inmensos pinos y una botánica inconmensurable. Había mariposas, pájaros, ardillas y hasta

un ciervo comiendo las hojas de un arbusto. Era una tarde fresca, el viento se filtraba entre su cabello negro y el pasto acariciaba sus pies descalzos que caminaban disfrutando la relajación que ofrecía ese paisaje frondoso. De pronto, un trueno en los cielos. Un viento huracanado se desató de la nada. Corrió para buscar refugio bajo algún árbol, pero extrañamente los árboles habían desaparecido. El verde que la rodeaba se tornó gris. La sensación sublime que la abrazaba se volvió angustiante. Siguió corriendo, aterrada porque sentía la sensación de que alguien la perseguía. Sus pies se hundían en el lodo que había cubierto la alfombra de pasto y esto le impedía moverse con rapidez. En ese instante, miles de ranas empezaron a caer del cielo. Se impactaban con violencia contra el suelo fangoso y otras golpeaban a la mujer que luchaba desesperada por escapar de aquella pesadilla. Se derrumbó en el suelo de un tirón. Levantó su mirada a las alturas gritando enfurecida al mismo tiempo que sus huesos se fracturaban por la artillería de anfibios que el cielo disparaba sobre su cuerpo.

La mujer abrió los ojos. Su cuerpo estaba empapado en sudor y su corazón consumido como las brasas de una locomotora. Se levantó de la cama aliviada de que todo había sido un horrible sueño. Ya había pasado un mes de la muerte inesperada de su marido, pero para ella su vida seguía detenida. No encontraba consuelo alguno para vencer su tristeza. Se dirigió a la cocina para preparar el desayuno y la encontró en estado repugnante. Una rata recorría ágilmente la superficie del fregadero y un sinnúmero de moscas caminaban sobre la única ventana de la cocina. Horrorizada salió corriendo de la casa. Era una mañana soleada y caminó por su inmenso jardín tratando de entender el porqué de su cocina y el extraño sueño que había tenido. Algo que la inquietó fue la presencia de una mujer de blanco que la observaba desde la banqueta en frente de su casa. No hablaba ni sonreía, solamente la observaba fijamente.

Las olas del océano la tranquilizaban. Le gustaba caminar en la orilla sobre ese angosto tramo entre la arena y el mar. Disfrutaba mucho los rugidos del monstruo acuático y la brisa que lamía su piel. Si tan sólo pudiera colgarme una ola del brazo y llevarla a casa como en el cuento de Paz —pensaba— todo sería perfecto, tendría una compañera con quién reír y cantar y nunca me sentiría desierta en esta soledad asfixiante. A la distancia volvió a ver a la extraña mujer de blanco. Se recostó en una cama de playa bajo un gran parasol color vino y se quedó dormida. Un fuerte zumbido la despertó. El mar había desaparecido. Ahora todo lo que la rodeaba era color blanco. Aterrada, vio que la mitad de su cuerpo estaba cubierto de avispas. Quiso mover las piernas, pero el miedo a que las destruyeran los aguijones ponzoñosos, la hizo desistir. A lo lejos sobre una duna, un perro negro y un perro blanco peleaban a muerte.

Una vez más abrió los ojos. No era posible que las pesadillas se sintieran cada vez más reales. Por momentos creía entender lo que estaba pasando. Recordaba aquel paisaje verde y el oxígeno puro rejuveneciendo sus pulmones y recordaba también la voz relajante del océano que tanto amaba en los veranos, pero de la misma forma, recordaba la lluvia de anfibios y eso le producía miedo y la adentraba en el abismo de su confusión. En el centro de la habitación había una pequeña mesa de color negro cereza y sobre ésta, un plato redondo con galletas suculentas. Se apresuró y vorazmente se comió una. Apenas iba a ingerir otra, cuando se percató que una de las galletas en el plato parecía moverse. Se inclinó a un lado de la mesa con precaución y acercó su cara al plato para capturar cada detalle. En ese instante se dio cuenta que no era una, sino que todas las galletas se movían con lentitud como siendo manipuladas con un imán por debajo de la mesa. La mujer observaba atónita este fenómeno y sin pensarlo mucho hundió sus dedos en una de las galletas que se desmoronó al contacto y dejó escapar una repugnante bola de gusanos blancos, diminutos y cubiertos en una sustancia pegajosa como la baba que escurre del hocico de

algunos reptiles. Se levantó de golpe, desconcertada dando alaridos de terror y tosiendo con toda su alma con ganas de expeler sus intestinos tras haber consumido la asquerosa galleta.

Salió corriendo histérica de la habitación, pero toda su histeria desapareció cuando se dio cuenta que otra vez su entorno había cambiado. Permaneció estática por unos minutos analizando el gigantesco pasillo en el que se encontraba. Por fin se decidió a caminar y al ir avanzando, el piso a sus espaldas iba desapareciendo lo cual no le permitía dar marcha atrás. De repente, se fue la iluminación por unos segundos y la mujer tembló. Al regresar la luz, había una puerta de metal oxidado frente a ella. Sin tener otra opción, la empujó y entró a una gran bodega llena de maquinaria pesada que producía ruidos que penetraban los oídos y cimbraban los tímpanos como campanas. Por más que fruncía el ceño y presionaba sus manos para cubrirse, no lograba escapar del ruido estridente y cayó de rodillas al suelo ahogada en su llanto. La figura fantasmagórica de la mujer de blanco apareció nuevamente y le extendió la mano. Aterrada, se levantó sola y empezó a correr lo más rápido que se lo permitían sus piernas cansadas buscando la salida. En su búsqueda, veía cientos de mujeres vistiendo uniforme laboral y en ese instante entendió que se encontraba en la línea de ensamble de la planta de producción donde su marido había perdido la vida. Lo más extraño era que ninguna de las mujeres se movía y todas le daban la espalda. Se detuvo para verles el rostro, tomó a una de los hombros y al voltearla lo que vio la hizo lanzar el grito desgarrador del terror más puro. Lo que vio, su cerebro no lo podía interpretar más que de una explicación diabólica, algo escapado de los confines del infierno. Delante de ella, las obreras se juntaron formando un círculo, atrapándola para que ya no corriera, lo único que podía ver eran los huecos de los que algún día habían sido rostros de mujeres y ahora eran cadáveres putrefactos que caminaban y querían quitarle la vida.

Un alarido gutural escapó de su boca pidiendo ayuda. Cubierta de lágrimas, la mujer gritaba y se retorció en la cama. Cuatro correas de cuero que sujetaban sus muñecas y tobillos evitaban que se pudiera levantar. La mujer veía un ejército de avispas volando a su alrededor y sentía cómo miles de agujones penetraban su piel y el veneno invadía su torrente sanguíneo. Gritaba angustiada el nombre de su difunto marido mientras una mujer vestida de blanco le inyectaba una fuerte dosis de medicamento para ponerla a dormir.

El rosario de Lucrecia

Lucrecia cerró la puerta. En medio de la sala, bajó su cabeza y las lágrimas rodaron por su tersa piel, cual pletórico plumaje de cisne nevado. No sollozó. Fue sólo una lúgubre llovizna de recuerdos sombríos, amores ocultos y pétalos violetas. La llovizna no cesó. Se convirtió en ráfagas de viento caliente, un temporal salvaje. De pronto se vio rodeada por olas. Olas que aullaban. Olas lacerantes. Olas que hablaban extraños dialectos. La sala había desaparecido y ahora se encontraba sola en medio de una turbulencia sin fin.

El diluvio de sus ojos parecía infinito. Eterno el llanto. Eterno el olvido. Lenta la llamarada remordimientos que de forma inevitable, desollaba cada partícula de su piel. Entre el tenue compás de olas que danzaban a su lado y el desierto cuadrangular bajo sus zapatos rojos, vio flotando un rosario, que exceptuando la pesada cruz de plata mexicana, era color negro Becker, de madera agrietada como los muros de su memoria. Era un rosario grande y penitente. El mutilado Cristo tridimensional la veía con vergüenza como reclamándole por el desmembramiento de su brazo izquierdo. Todo giraba a su alrededor. Lucrecia se sentía atrapada en un laberinto circular del cual parecía no tener escapatoria.

Temblorosa, hurgaba con rapidez las bolsas de su largo atuendo hecho con la tela de la noche buscando, sin éxito, alguna respuesta o quizá alguna llave que le ayudara a abrir las siete puertas de su laberinto. Lo extraño de todo, es que cada vez que daba un paso o que caminaba un poco, no se mojaba los zapatos, ni la ropa, ni la piel. Cada vez que caminaba, las olas se abrían y le cedían el paso de una forma simbólica, igual que a Moisés. ¿Qué significaba todo esto? Cerró los ojos y recordó las palabras sabias de su madre que le decían que cuando estuviera en problemas, clamara a Dios, pero en esos momentos de desolación, no clamaba a

nadie. Su fe había desaparecido algunos años atrás al haber perdido a su familia en un trágico accidente automovilístico, o al menos eso es lo que creía.

A pesar de que provenía de una familia católica y con estudios en instituciones salesianas toda la vida, Lucrecia ya no sabía en qué o en quién creer. En sus momentos de terror, no sabía a quién clamar, quería elevar plegarias, pero no sabía a quién. Todo era difuso en su mente, las religiones, los dioses, la salvación. Lo único que se le venía a la mente eran los dioses del *Popol Vuh*, las deidades prehispánicas que tanto le fascinaban a su abuelo y que plagaron su infancia.

La tempestad al fin terminó. Ojos ahogados, arena en la garganta y un dolor ancestral en sus entrañas, eran algunos de los vestigios sobre el templo ultrajado de Lucrecia. Ya no había lluvia ni ráfagas de viento endiablado, sólo quedaba un océano inmenso a su alrededor, pero algo había cambiado. Un olor nauseabundo se filtraba por sus poros. Al respirar, sus costillas dolían y sentía como si estuviera siendo cazada por guerreros prehispánicos que le disparaban una lluvia de dardos con cerbatanas letales dejándola inerte a una muerte lenta y dolorosa. Las olas seguían enfurecidas, dando alaridos y hablando en extrañas lenguas. El agua ya no era agua. Ahora, una sustancia espesa y putrefacta rodeaba a la desamparada y delirante mujer. Rojo, todo era rojo. Rojo diablo. Rojo esquizofrénico. El rojo frenético de Argento. Sin más ni menos, el océano de lágrimas había transmutado.

Entre toda esta confusión de la cual era prisionera, Lucrecia de pronto vio otro objeto flotando sobre el carmesí de las olas. Era un objeto cilíndrico y compacto. Era de tono blanco y se movía con gracia, como un barco de papel lanzado a altamar por algún pueril marinero. Con cautela, se acercó. Igual que antes, a cada paso que daba, el mar rojo se abría, cual espigas de sorgo dorado. Por fin alcanzó el objeto, era un biberón. Todavía tibia, la leche llegaba a la mitad,

dos onzas, era un biberón pequeño. Y aunque el líquido con matices de luna era escaso, ella lo sintió como si fuera la leche del universo. En fracción de segundos algunas imágenes penetraron los muros de su memoria y se desmayó. En su episodio, su inconsciente fue bombardeado por imágenes estrambóticas:

Un escorpión negro caminando entre granos de café.

Sangre.

Dos salamandras apareándose.

Roja.

Una cuna mohosa invadida por hormigas.

Sangre.

La silueta de un hombre.

Púrpura.

Una cascada de leche.

Más sangre.

El rosario negro.

Dolor.

El cuerpo mutilado de Cristo.

Tragedia.

Un bebé.

Tortura.

Un bebé llorando.

Crimen.

Un bebé sin piernas.

Muerte.

—Lucrecia, despierta...

—Vamos mujer, reacciona, ¡despierta ya!

— ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

Al recobrar el conocimiento, se vio andrajosa y demacrada, sus manos eran escombros, residuos de una vida dañada, perturbada por el olvido y la muerte. El vestido nocturnal había desaparecido, los zapatos de matiz granada, también cesaron de existir. Ahora su atuendo era blanco. Blanco espiritual. Blanco redención. Blanco como un renglón torcido. Sus pies estaban sucios y sus uñas amarillentas y petrificadas por el tiempo y la falta de cuidado. El terciopelo negro de su cabellera se convirtió en una estopa amorfa abandonada en un rincón. Su boca se volvió un candado y el aliento metálico de su lengua oxidaba sus glándulas salivales convirtiendo su boca en una caldera de amargura.

Pasmada, la mujer no entendía lo que estaba sucediendo. ¿Qué pasó con el agua roja y las olas parlantes? Si no había olas, ¿dónde estaba su sala y su casa? Todo era tan extraño. Era como despertar de un sueño criogénico y en su letargo haber borrado por completo sus

recuerdos. Ahora ya no estaban agrietado, simplemente los muros de su memoria ya no existían, sólo quedaba un hueco profundo y frío por donde únicamente flotaban peces, calamares y algunas criaturas acuáticas de la Era Mesozoica.

—Vamos Lucrecia, apúrate, vamos a tu celda —le dijo el guardia.

— ¿Qué? ¿Dónde estoy?

—Ya hemos hablado esto desde hace siete meses que te trajeron.

— ¿Cómo? ¿Siete meses? ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi bebé? ¿Dónde está?

El guardia la observó detenidamente. ¿Cómo era posible que una mujer tan admirable y hermosa cometiera semejantes actos? ¿Qué motivos podrían orillar a una mujer de la alta sociedad a cometer actos tan perversos? Eran preguntas que nadie en sus cinco sentidos podía contestar; sólo la mente mecánica de un demente, la mente enfurecida de un psicópata, la mente perturbada de Lucrecia, podía entender.

La celda se abrió violentamente, con todo el cabello muerto sobre su rostro, entró arrastrando los pies, tenía la cabeza inclinada y la mirada perdida en alguna galaxia desconocida. Se sentó en la pequeña cama de sabanas viejas y se hundió en un abismo de lágrimas; una sensación de tristeza infinita se apoderó de su cuerpo. El tipo de tristeza que le da el valor a una persona para darse un festín con sus propias venas o el tipo de tristeza que hasta la muerte, si tuviera sentimientos, podría sentir penetrándose por su mórbida piel cuando tuviera que arrancarle la vida a quien menos le mereciera. Cerró los ojos y se quedó dormida.

La tibia sonrisa del sol de abril entró por las persianas. El olor a granos de café recién molido se filtró por la elegante nariz respingada. Una mariposa escapó de sus labios aleteando

sus alas en mil colores de alegría y tranquilidad. Carlos Enrique era un hombre excepcional y sentía un gran amor por su esposa. Cada mañana se levantaba temprano a preparar el café que tanto les encantaba a los dos, era una costumbre de casi una década que se había convertido en una especie de ritual que había iniciado desde la primera semana de casados. Los sábados por la mañana acostumbraba, también, salir temprano a comprar diferentes tipos de panes y jaleas para desayunar en el balcón del tercer piso justo afuera de su recámara. Era el marido perfecto. Su vida era el tipo de vida que muchos soñaban tener, de esas que sólo existen en el cine hollywoodense o en los cuentos de hadas. Lucrecia tenía la vida perfecta hasta que dio a luz a su primogénito. Un gigantesco niño con Síndrome de Down al que nombraron Horacio.

Todo cambió, la vida que conocía, huyó lejos para nunca volver. Los lagos de miel en los que ella y su esposo nadaban cada noche, se tornaron lentamente en situaciones complicadas. Poco a poco el ritual cafetero de cada mañana dejó de existir. Las madrugadas románticas y pasionales se tornaron en brumosas veladas de llantos y leche; de pañales y termómetros; de gemidos, y los bronquios rasposos del pequeño Horacio.

Pasaron los meses y no hubo mejoría. El niño lloraba cada noche, sólo que ahora lo hacía más fuerte y más seguido. Lucrecia perdió peso y su semblante jamás volvió a ser el mismo. Una noche de diciembre, su marido le tuvo que dar una mala noticia.

—Lucrecia, tengo que salir fuera del país por unas semanas.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Sólo será por unas semanas, mi vida. Todo va a estar bien.

—¿A dónde te envían?

—Brasil.

— ¿A Brasil?

No lo podía creer, la expresión en su cara era de horror, un escalofrío recorrió su cuerpo al saber que iba a estar sola con su hijo.

—Sí, amor, voy a Brasil y pasaré el día 25 fuera de casa. Es una emergencia y no hay forma de posponer este viaje. Es inminente que tome un vuelo...

— ¡Ya cállate! No me digas más y lárgate... ¡déjame sola con TU hijo!

Esa noche la fatigada mujer no durmió. Tenía miedo de estar sola. Desde el nacimiento de Horacio cuatro meses atrás, ella había cambiado. ¿Por qué no pudo tener un hijo normal? Todas sus amigas tenían niños sanos e inteligentes. ¿Por qué Dios la había castigado de esta forma tan cruel? ¿Por qué le había dado esa cruz tan pesada que tenía que cargar por el resto de su vida? Eran preguntas que daban círculos en su mente y nadie le podía contestar.

La Navidad fue triste y aburrida. No hubo regalos ni cena navideña. Lucrecia se la pasó deprimida envuelta entre las colchas. Horacio lloraba y lloraba, pero a la madre desolada no le importaba. En su profunda depresión, a veces pasaban días sin cambiarle el pañal a su hijo y cuando por momentos salía de su trance y lo atendía, la suave piel de Horacio sufría, cada partícula de su piel ardía por las rozaduras que parecían una masa de brasas. El salpullido y la irritación de la piel eran tan intensos que hasta unas ligeras llagas se esparcían bajo sus pequeños testículos produciéndole quemaduras y dolor a la inocente criatura. Su cuna, también estaba sucia y descuidada. Pasaron las semanas y por fin el dedicado funcionario regresó de su viaje de negocios.

—Antes de tu ejecución, se te va a conceder una última voluntad —sentenció el alcalde.

La sentenciada no dijo nada.

—Lucrecia, ésta es tu última noche. ¿Tienes alguna petición?

La que una vez fue una gran señora, yacía inmóvil, su mirada perdida en el abismo.

—Por última vez...

—Mi rosario.

—¿Qué dijiste?

—Quiero mi rosario. Ese fue el último regalo que me dio mi marido. Quiero rezar y recordarlo en mis últimos momentos de existencia.

El alcaide bajó la mirada y accedió a la última petición de la prisionera.

—A las 5:35 de la mañana vendremos por ti. Descansa y que Dios o Satanás se apiaden de tu alma.

La celda se cerró. Entre lágrimas negras, cayó en un profundo sueño.

En su locura, Lucrecia tomó a su hijo de las dos piernas y lo azotó salvajemente contra la pared de su cuarto. La criatura siguió llorando, lo azotó otra vez y el llanto bajó de intensidad. Lo azotó una vez más hasta que el bebé calló por completo. El tercer impacto fue tan violento que el sollozo de la criatura se cortó de golpe al igual que el gemido de un chivo al ser degollado para convertirse en manjar. El tierno cráneo de Horacio se rasgó por la mitad y al

instante, su pequeña cabeza derramó un ligero hilo de sangre virgen. La sangre del cielo. La de los ángeles y los dioses. La sangre recién creada, sangre nueva, sangre muerta.

Enloquecida, abandonó la habitación, bajó a la cocina y se sentó en el mosaico frío. Su mirada abismal hundida en la nada y en su mente, voces extrañas invadían su sentido. Todo estaba borroso, gotas de hielo escurrían de su frente y el verde palpitante de sus venas era una estampida en sus sienes. El rosario maldito colgaba de su cuello y el crucifijo de plata parecía derretirse sobre la piel de su pecho como si ella fuera una abominación de la noche. En ese momento llegó su marido.

— ¿Dónde está el niño, Lucrecia? ¿Dónde está Horacio?

Lucrecia yacía inerte, un aura tétrica cubría su cuerpo y una atmósfera densa envolvía el hogar; su cabello y pies descalzos estaban cubiertos por la sangre de la inocente víctima. Sin pensarlo, el padre del niño subió como loco por las escaleras y lo que vio lo paralizó por completo. Se llevó las manos a la cabeza y cayó de rodillas ante el cuerpecito inmóvil de su hijo. Horacio vestía el mameluco celeste con diseños de cohetes y planetas que tanto le gustaban. Sus piernas estaban fracturadas, su espalda hecha pedazos y su cráneo, agrietado, a punto de partirse en dos como un melón maduro cuando se impacta con el suelo. En su rostro, el terror se hundía en cada línea de su piel. El color morado invadió su frente y pómulos debido al trauma y el sangrado interno. Sus labios carnosos lucían opacos y su boca semi-abierta vertía las últimas gotas del vital líquido escarlata. El hombre, destrozado, empezó a llorar en el más desgarrador lamento que alguna vez se hubiera penetrado en las paredes de su hogar. Abrazó al pequeño Horacio, lo besó y susurró el último “te amo” a su oído. Luego cuidadosamente, lo levantó y lo acostó en su abandonada cuna.

Después de dejar a su hijo, el hombre ya no estaba aterrado, ahora la furia se apoderó de él y con instinto asesino bajó las escaleras corriendo para enfrentar a su mujer. Pero la furia le duró muy poco, cuando pisó el último escalón, Lucrecia apareció de la nada y lo golpeó brutalmente con un bastón de golf en la frente. Al caer al suelo, la mujer siguió derramando una lluvia salvaje de golpes penetrantes por todo el cuerpo de su esposo y claramente se escuchaba cuando cada costilla se fracturaba. Tardó sólo unos segundos para que la vida de su compañero se desvaneciera. Lucrecia se sentó con las piernas abiertas sobre el cadáver de su esposo, tomó el rosario entre sus manos y con la pesada cruz de plata comenzó a escarbar meticulosamente los ojos de su cónyuge. La cruz se hundía con facilidad en la superficie gelatinosa deslizándose como un cuchillo sobre barras de mantequilla. Una explosión de colores y hologramas hipnóticos giraban como rehiltes al filo de su mirada. En su locura, disfrutaba cada movimiento, cada giro que le daba a sus muñecas para extraer los ojos que algún día la llenaron de amor y respeto y que la hicieron sentir la mujer más importante del planeta. Lucrecia sonreía por el fastuoso banquete que se estaba dando; en su rostro ya no existía ningún rastro de ser humano. Su semblante era maléfico, como si su cuerpo hubiera sido poseído por una legión de demonios que se retorcían en éxtasis al estar comiendo la carnicería más sádica de los últimos tiempos. La asesina se levantó impregnada de sangre y muerte y como si nada hubiera sucedido, se fue a dormir a su cama. En la sala, el cuerpo inerte de su marido yacía destruido, dos huecos en su rostro culminaban la obra más enfermiza jamás registrada en los anales criminológicos del país.

De nueva ocasión, la celda se abrió, haciendo un eco metálico.

— ¡Despierta Lucrecia, hoy es el día! —vociferó el guardia.

— ¿Qué día, qué pasa?

—Hoy es el día en que vas a pagar por lo que hiciste.

— ¡Cómo...yo no hice nada! ¡Sáquenme de aquí!

La primera descarga, 2000 voltios, rompió la resistencia inicial de su piel causando que la ejecutada perdiera el conocimiento. El flujo de corriente eléctrica destruía lentamente los órganos internos del cadavérico ser. Su cuerpo temblaba, sus manos y sus pies se torcían en un torbellino de espasmos y su piel blanca se convertía en barras de carbón. El olor a piel chamuscada y huesos en proceso de calcinación era repugnante. Era el amargo olor de un alma corrompida, el olor del miedo y el terror, era el olor podrido de la muerte.

En cuestión de minutos, Lucrecia quedó inmóvil, sus manos escabrosas, sus ojos como corchos y el alma desintegrada. En su fatal cuádragenario, Lucrecia murió. Sobre su cabeza, el rictus de Lucifer la bañaba y le mostraba el camino al valle de las ánimas crucificadas, a los océanos de azufre por donde su alma desgarrada ardería eternamente.

—Crac...

Fue el sonido del rosario al caer de su mano.

El extraño caso de la hija del dentista

“Eran... ¡los dientes de Berenice que yo le había arrancado en su tumba!”

Los ojos de la pequeña se abrieron de asombro al escuchar el final de aquel cuento macabro que la tía Mara le acababa de leer. Sentada sobre su cama, la niña de diez años se sentía flotar en un océano de confusión. Con sus piernas entrecruzadas, pijama color violeta y un vaso con leche en la mano, observaba a su tía que la miraba con ojos de arpía y una extraña sonrisa en el rostro.

— ¿Por qué le arrancó los dientes, tía?

—Es lo que le pasa a las niñas que se portan mal.

—Y... ¿usó los instrumentos que mi papá usa para ayudar a sus pacientes?

—Así es, pequeña. Usó los mismos instrumentos de cirugía dentaria con los que tu papá trabaja.

—Pero, mi papá no es malo y...

—Y nada. Ya es hora de dormir, Berenice. Mañana leeremos otro cuento.

La niña ya no dijo nada. Le entregó el vaso a su tía, se acomodó bajo las sábanas y cerró los ojos. La mujer se quedó unos minutos observando la juventud y la inocencia de su sobrina. Era una niña muy hermosa de una blancura frágil como el plumaje de un cisne, de grandes ojos que parecían un bosque nórdico y una hermosa cascada de diamantes negros que llegaba hasta la mitad de su espalda. Todos los que veían a la pequeña Berenice no podían evitar expresar la belleza de la niña. Esto no le agradaba a la vieja. Apagó la luz y abandonó la habitación. Todos dormían. Por fin la casa estaba silente. La mujer se preparó un té de manzanilla y se sentó en el sillón más cómodo de la sala. El líquido ardiente casi calcinaba su paladar, pero aún así lo bebía

a grandes sorbos. Recordaba con enfado los días de su triste niñez. Era imposible olvidar tantos rechazos de su madre y las comparaciones injustas con su hermana menor.

— ¡Qué mal te ves! ¿Por qué te peinaste así? Aprende a tu hermana, ella sí sabe peinarse.

—Mamá, pero usted me dijo que me recogiera el cabello...

—Sí, pero no te pareces nada a tu hermana. Ni siquiera te has bañado.

—Sí me bañé...

— ¡Cállate, hueles muy mal! Tu hermana siempre luce radiante y tú siempre tan sucia y tan fea.

Los recuerdos sonaban en su cabeza como un enjambre de abejas venenosas. Una y otra vez se martirizaba por los desprecios y el maltrato de su madre. Desde que era una niña se preguntaba si su madre la quería. Ya era una mujer grande de edad y el abuso psicológico de su infancia la había marcado de por vida, a tal grado que nunca había encontrado la felicidad, siempre estando sola y taciturna, asfixiándose en la letanía de los monstruos que corroían su existencia.

A la mañana siguiente, la pequeña Berenice desayunaba feliz a un lado de su papá. Siempre lo había amado mucho, pero desde el fallecimiento de su madre tres años atrás, la relación con su padre se había vuelto más unida como una cadena indestructible. El amor que sentía por su papá rebasaba cualquier explicación humana. El hombre era un exitoso cirujano dentista que administraba su tiempo con mucho cuidado para siempre estar disponible para su única hija. Soñaba con que ella algún día siguiera sus pasos en la rama de la odontología y trabajaran juntos en su consultorio. Por lo mismo, cualquier duda o pregunta que la niña tuviera sobre su trabajo, el orgulloso padre le contestaba con lujo de detalle sin importar le lo grotesco que a veces estas explicaciones solían ser. La odontología no era una carrera para mentes

frágiles, en sus labores había jeringas, instrumentos quirúrgicos y mucha sangre. Su hija debía saberlo y estar lista para cuando llegara su tiempo de asistir a la universidad. La tía malvada afirmaba todo lo que el papá le decía a su hija y él se sentía agradecido y muy afortunado que la hermana mayor de su difunta mujer hubiera accedido a vivir en su casa para cuidar a su hermosa primogénita. Terminaron el desayuno, padre e hija salieron de la casa:

—No olvides que esta noche te contaré otra historia, sobrina, —le dijo a la niña, con voz amigable.

Desde la muerte de su hermana, Mara se había mudado a su casa para ayudar a su cuñado con los quehaceres domésticos y el cuidado de Berenice. Con el trabajo del hogar, había cumplido, pero no con la inocente criatura. Cada noche enredaba a la dulce niña en los relatos más espantosos de la narrativa gótica del siglo XIX con el mero propósito de aterrarla. De que creciera insegura, asustada y que su infancia se tornara oscura como la de ella misma. Sabía que los niños absorben como esponjas todo lo que ven y escuchan a su alrededor. Gracias a su hermana, su infancia había sido un infierno y ahora que sus restos eran el alimento de los gusanos, su misión era recrear ese infierno en la vida de su sobrina.

“Me pareció que el alma abandonaba mi cuerpo, y una rabia más que diabólica, saturada de ginebra, penetró en cada fibra de mi ser. Saqué del bolsillo del chaleco un cortaplumas, lo abrí, agarré al pobre animal por la garganta y deliberadamente le hice saltar un ojo de su órbita”. La niña, horrorizada, no podía creer que alguien fuera capaz de lastimar a un pobre animal.

— ¡Pero el gato no hizo nada, tía!

—Al igual que los humanos, a veces los animales también necesitan ser castigados, sobrina.

—No... pero era un gatito negro como el de la vecina.

—Exacto, Berenice...quizá tú debas intentar lo mismo con ese gato.

—No, tía, qué miedo. ¡Yo no soy mala como el hombre del cuento!

—Todos tenemos maldad en el corazón, sobrina. Tu padre hace sufrir a la gente con sus instrumentos y tú quieres ser como él cuando seas grande, ¿no?

— ¡No, mi papá es bueno!

—Algún día entenderás lo que te digo, Berenice.

Esa noche, la niña no pudo dormir. Las palabras de la dama cruel la habían herido y una ola de pesadillas violaba su inconsciente. El padre lloraba desconsolado a un lado de la cama velando el sueño de su hija. A pesar de que ya habían pasado varios años, le atribuía las pesadillas a la ausencia y el trauma por la pérdida de su madre. Si pudiera regresar el tiempo, lo haría. “Qué difícil es la vida”, —pensaba.

Llegó el fin de semana. Era una tarde apacible, se respiraba un aroma de limpieza y serenidad en la casa después del incidente sucedido unos días atrás. La tía Mara preparaba la merienda y el dentista leía el periódico. Mientras tanto, Berenice jugaba en el jardín con el gato negro de la vecina. Era un gato de casa, manso e inofensivo, pero al verse amenazado por las tijeras que Berenice intentaba meterle por los ojos, atacó ferozmente a la niña. El gato enfurecido no se le despegaba de la cara. La pequeña gritaba de terror al sentir las uñas afiladas del felino como navajas desgarrando la porcelana de sus mejillas. El gato maullaba colérico y por más que la niña intentaba quitárselo de encima, no podía. Era como si el mamífero hubiera sido poseído por mil demonios. Aquel animal pacífico que jugaba con bolas de estambre y comía comida enlatada, había cambiado. El olor a miedo y el tibio sabor de la sangre humana había despertado al felino sanguinario que llevaba adentro. Al escuchar los gritos y los bufidos espeluznantes del gato, el padre fue al rescate de su hija. La encontró sola, tirada sobre el césped.

Su cara estaba cubierta de sangre y la piel de sus mejillas destruida por los zarpazos profundos de su atacante. El padre angustiado la tomó en sus brazos. Por la ventana, la perversa tía contemplaba la escena. Una sonrisa maquiavélica se dibujaba triunfal en su rostro.

Pasaron tres días para que la niña saliera de su habitación. Su abuelo y amistades de la familia fueron a verla al enterarse de lo ocurrido, pero Berenice no quiso ver a nadie. Fueron días sombríos y sólo se había limitado a los alimentos que la tía le llevaba para comer. Al ver su reflejo en el espejo, ya no era lo mismo. El gato no había tenido compasión. Aquella niña inocente de mejillas límpidas ya no existía. Cuatro rayas bien definidas se extendían en diagonal sobre su rostro desde la superficie inferior del ojo derecho hasta la mitad del cuello. Las garras del felino habían abierto la tierna piel de una forma tan brutal, que el médico había tenido que suturar para cerrar las heridas. La mitad de su rostro se veía normal, pero la otra mitad lucía desfigurada. Ya no sería la niña hermosa que su papá amaba. Ya no recibiría más comentarios exaltando su belleza. Ya no sería idéntica a su madre. Irónicamente, la niña se sentía como un personaje monstruoso de los cuentos que su tía le leía cada noche antes de dormir.

Pasaron varias semanas. Las heridas en el rostro de la niña sanaron. El dentista se tomó unos días de descanso para atender a su hija, pero ya nada era igual. La niña se convirtió en una estatua de sal. Su semblante jamás volvió a ser el de siempre. La tía dejó de leerle las narraciones extraordinarias y decidió que era tiempo de partir. Le explicó al afligido hombre que ya no aguantaba más, que ver a Berenice en ese estado le producía una tristeza profunda, que prefería mejor estar ciega, que tener que verla hundida en ese estado tan lúgubre. El hombre entendió, pero le pidió que se quedara un día más, ya que en la noche tendría que salir de casa. Esa sería la última noche que dormiría bajo el mismo techo. La mujer accedió.

El reloj marcó las tres de la madrugada. La mujer dormía a profundidad. La niña entró a la habitación. En una mano llevaba una jeringa, en la otra unas pinzas para extracción dental. Observó el cuerpo descubierto de su tía. “Es una mujer realmente muy fea” —pensó. Sin dudarlo mucho, clavó la aguja en el cuello de Mara. La mujer abrió los ojos, pero no se pudo mover. La sustancia concentrada de anestesia que la niña le inyectó, la inmovilizó del rostro hasta la cintura. Apenas podía mover la boca.

—Berenice, ¿qué haces? —dijo entre dientes.

—Quiero ser como mi papá.

—Espera —fue la última palabra que apenas pudo escapar de sus labios.

—Tía, tú me has enseñado que la gente debe ser castigada...

La niña brincó encima de la vieja. Se sentó sobre su esquelético torso y con las pinzas intentó extraer uno de sus dientes, pero no pudo. No tenía la fuerza de un adulto para llevar a cabo la extracción. Los ojos de Mara ya se habían acostumbrado a la oscuridad de la habitación y pudo ver el rostro cicatrizado y la mirada demente de su sobrina. La mujer yacía inerte, aterrada ante la hambrienta silueta de la niña. Al darse cuenta que arrancar los dientes era más difícil que lo que el cuento narraba, sacó de entre su vestido las mismas tijeras que había intentado usar en el gato de la vecina. Hundió el pico afilado en uno de los ojos de la mujer que gemía y movía las piernas angustiada. Escarbó minuciosamente en la cavidad mientras el cuerpo se convulsionaba. Para su sorpresa, hacer saltar un ojo de su órbita fue más fácil de lo que se imaginó.

Al igual que el gato, Berenice había cambiado. Una maldad que desconocía, despertó en ella como si los demonios que habían tomado el cuerpo del felino hubieran encontrado residencia en su frágil cuerpo de princesa atormentada.

CHAPTER IV

EL ÚTERO DEL INFIERNO

El viaje

El hombre despertó empapado. Tembloroso se levantó de la cama, caminó hacia el baño y se lavó los dientes. El sabor a menta de la crema dentífrica le produjo asco y vomitó sobre el lavabo el espíritu del alcohol embrutecedor y algunos residuos de naproxeno. Cada noche, el miedo a morir le carcomía el cerebro, la taquicardia lo dominaba y la ansiedad era terrible. Desde niño sufría ataques de pánico que su madre le controlaba con fuertes dosis de medicamento, pero ya no era un niño. Todavía se sentía nervioso y todo su cuerpo hiperventilaba. Desde la base de su nuca las gotas de sudor escurrían como hojas de miel hasta las vértebras de su columna. “¿Qué demonios pasó anoche?”, —se preguntaba.

Las sensaciones que había experimentado habían sido diferentes a cualquier otro ataque de pánico que hubiera tenido en cuarenta y siete años. Quizá la mezcla de alcohol y medicamento no había sido buena idea. Aún podía sentir el cosquilleo en su brazo izquierdo como si un ejército de hormigas caminara desde su hombro hasta la palma de su mano sudorosa. El simple hecho de recordarlo lo metía en un trance de nervios. De repente sentía que le faltaba el aire, apenas podía respirar y las semillas del miedo brotaban como plantas carnívoras sobre la superficie de su piel aterrada. Su corazón se aceleraba y podía escuchar los latidos que retumbaban como campanas en una catedral abandonada. ¿Acaso el corazón le iba a reventar?

¿Le vendría un infarto que no pudiera resistir causándole una muerte espantosa? Ésta y mil preguntas más eran un hervidero de temores en el subterráneo melancólico de sus pensamientos. Sabía que no tenía nada, que todo estaba en su cabeza, que el poder de la sugestión era muy peligroso y que una vez que su mente lo controlara, el resultado podía ser fatídico. Se decía a sí mismo que no tenía nada, que era un hombre delgado y sano, pero su terror a la muerte lo traicionaba y una vez más la cadena de pensamientos se apoderaba de él y sentía morir en la oscuridad de su habitación.

En la pared más larga de su recámara había un gigantesco espejo antiguo. No había nada más, sólo el espejo. Era de forma rectangular y estructura metálica de tonos plateados cubiertos por el polvo y la opacidad del tiempo. En su confusión y lucha por vencer a sus demonios se paró frente a éste. Vio su mirada cansada por la falta de sueño y su rostro pálido como el de un paciente en su lecho de muerte. De pronto su reflejo parpadeó dos veces y le preguntó con voz firme:

— ¿Por qué tienes tanto miedo?

El hombre, desconcertado, se estremeció y dio un salto hacia atrás perdiendo el equilibrio al pisar una botella vacía de vodka de la noche anterior. Tembloroso, se levantó del suelo y con cautela se acercó al espejo y ahí estaba su reflejo observándolo con una mirada burlona y sarcástica.

— ¿Por qué te asustas? ¿Acaso no sabes quién soy?

—Esto no puede ser real, debo estar perdiendo la razón y ahora imagino que el espejo me habla. Esto no es real, todo está en mi mente.

—No. No es tu imaginación, esto es real. Mírame a los ojos. ¿Qué es lo que ves?

— ¡La muerte! No quiero morir. Todavía tengo muchas cosas que hacer en este mundo.

—Has desperdiciado tu vida en los placeres de la carne consumiendo, sin importarte, el veneno que le infligías a tu cuerpo y a tu familia. Mírate, solo, abandonado, perdido en la miseria y la decadencia de tus sueños. Tienes que morir.

El hombre se quedó callado. Silencio, oscuro silencio. Con lágrimas en los ojos y perdiendo su dignidad de hombre, con voz quebradiza, preguntó:

— ¿Acaso eres Dios?

Una risa macabra retumbó haciendo eco en la habitación.

—Yo no sé nada de Dios. Él no tiene nada que ver en este asunto. Es lo patético de ustedes los falsos creyentes, al instante que les pasa algo que no pueden comprender de inmediato piensan en Dios y en los Santos.

—Tengo un hijo, necesito ver que esté bien. No puedo morir.

—Los hijos son el reflejo de los padres. Lo mejor para ese niño es nunca volverte a ver.

— ¡No, necesito verlo, necesito una segunda oportunidad!

—Hay una cruz celeste bordada sobre tu frente. Tienes que morir.

— ¡No puedo dejar a mi hijo sin padre!

—Tu hijo ni siquiera recordará tu nombre.

De pronto el espejo se volvió negro. El hombre no podía ver nada, todo era tinieblas y hacía un frío intenso que destemplaba sus sienes y daba la sensación de que eran oprimidas por un torno gigantesco. Se dio cuenta que ya no estaba en su habitación. Algo había pasado y el entorno había cambiado. El suelo ya no era liso, ahora estaba parado en una superficie pétrea que lastimaba las plantas de sus pies descalzos. Por instinto empezó a caminar hacia enfrente tratando de entender lo que pasaba. A la distancia podía escuchar agua, quizá un arroyo y ruidos estridentes de animales, como hambrientos cerdos arruando sin control. El frío se intensificaba, pero seguía caminando. Su corazón palpitaba de forma frenética, tenía pavor, pero su voz interna le decía que tenía que seguir avanzando. De improviso, el camino pétreo se volvió fangoso. Sus pies se hundían entre el lodo y charcos de una substancia tibia y pegajosa. Ya no escuchaba agua, ahora escuchaba cadenas que eran azotadas contra las paredes de forma vehemente y un olor penetrante a carnicería se filtraba por su nariz. El hombre ya no pudo más, se sentía como un personaje en una novela de Clive Barker, y empezó a correr despavorido hasta que se topó con una pared. Como loco empezó a explorar el ladrillo de la superficie hasta que encontró una abertura vertical gigantesca. Introdujo las dos manos y poco a poco fue metiendo su cabeza, su cuello, sus hombros hasta entrar por completo. Al entrar, cayó en un recinto, compacto y ovalado como un huevo, y se vio flotando en un líquido aceitoso que le llegaba hasta el cuello. Confundido, el hombre empezó a nadar con mucha dificultad porque la espesura de ese líquido lo detenía y sentía sus brazos como alas de mosca cubiertas de almíbar. A lo lejos pudo distinguir una puerta roja en forma de triángulo. Nadó lo más rápido que pudo hasta que llegó a la puerta y encontró la salida. Al escapar de esas aguas amnióticas, entendió que estaba en el útero de su madre.

Al salir por la puerta roja, un centenar de vidrios cortaron su cuello, sus manos y sus brazos al mismo instante que caía al suelo de su recámara y el gran espejo antiguo se hacía añicos sobre su espalda, cortándolo y cubriéndolo de partículas lacerantes que le producían dolor al enterrarse como sanguijuelas debajo de su piel. Cubierto en su propia sangre, el hombre se levantó vacilante al darse cuenta que estaba de regreso en su habitación. De inmediato percibió un aroma nauseabundo que le provocó ganas de vomitar, pero por más que su abdomen se contrajo, no pudo expeler nada de su estómago. Cuando levantó la mirada, el horror sacudió sus entrañas al darse cuenta que alguien estaba dormido sobre su cama. Se acercó y lo que vio fue el cuerpo descompuesto de un hombre cubierto de gusanos albinos que hundían sus ganchos bucales devorando la carne muerta. Con asombro observó el paisaje macabro y todo empezó a tener sentido. El cosquilleo regresó a sus manos, su respiración se debilitó y su cuerpo empezó a derrumbarse. Todo comenzó a girar a su alrededor y sintió un dolor punzante como si una peineta de alfileres rascara sus adentros desprendiendo su alma martirizada. El terror consumió sus venas tan rápido como el fuego devora la pólvora. Lo único que escuchó a la distancia fueron los gemidos de las almas torturadas que le daban la bienvenida a su nuevo hogar. Finalmente, lo que en su inconsciente siempre había deseado, se hacía realidad. En un segundo, todo quedó en tinieblas. Ya no vio ni escuchó nada, sólo los latidos de su negro corazón galopando hacia el viaje inevitable, a los senderos de la soledad y el tormento infinito.

Una mañana...

Todavía caliente, la cache de la pistola pesaba toneladas en la mano de la mujer que yacía inerte de rodillas sobre la alfombra. Confundida, un timbre ensordecedor carcomía sus oídos bloqueando todo el ruido a su alrededor. El olor a pólvora se filtraba por las cavidades aterradas de su nariz. Su rostro empapado de sudor y lágrimas no reflejaba el odio que consumía sus vísceras. Por la esquina de su ojo izquierdo veía una sombra que se movía sin control para todos lados. Levantó su mirada y sobre una mesa de centro vio dos tazas vacías. Una taza era negra, la otra era blanca y estaba manchada de lápiz labial rojo. Observaba, pensaba y trataba de recobrar la calma. Giró la cabeza hacia la izquierda y la sombra incontenible tomó forma. Levantó la pistola una vez más y de un certero disparo en el pecho, mató al enorme perro que luchaba por romper la cadena que lo aprisionaba. En sólo unos segundos, los ladridos se convirtieron en gemidos hasta que el último aliento escapó del hocico ensangrentado del animal.

Los rayos del sol acariciaron de forma violenta los párpados cubiertos de rímel seco. La mujer se levantó con un terrible dolor de cabeza. Confundida y con el estómago revuelto, se dio cuenta que su ropa estaba manchada de sangre. En el centro de la habitación vio al perro muerto y al lado de ella, una caja de Tafil vacía. No entendía bien lo que había sucedido. Ni cuántos días había estado fuera de sí. Un silencio abismal la rodeaba. Poco a poco todo el panorama se empezó a aclarar y recordó todo. Las lágrimas escaparon del estanque pútrido de sus ojos. Silencio. Miedo. Moscas. Era lo único que se escuchaba a sus espaldas. Los zumbidos de moscas consumiendo aquel pantagruélico festín.

Tambaleante, se levantó y caminó hacia la cocina. Abrió el refrigerador y sólo encontró una jarra mohosa y a su lado un enorme pedazo de piña echada a perder. La tomó entre sus

manos y comenzó a devorarla con mucha ansiedad, como si tuviera un apetito voraz. El sabor era asqueroso, pero por alguna extraña razón, seguía hundiendo los dientes sobre la textura oscura de la fruta. Al pasar la pulpa sentía cómo su paladar se escaldaba, pero también sentía que sus adentros se pudrían y ella misma se convertía en una masa nauseabunda con el pedazo de fruta repugnante. De pronto... un estallido.

Súbitamente, el pedazo mordisqueado de piña cayó sobre el mosaico. Mares de oro rojo inundaron el piso y continuaron devorando la piña que flotaba a la deriva en un charco de sangre.

Fotografía

Eran las 8:03 de la mañana cuando la joven pareja se sentó en la mesa para desayunar. En su mano derecha, él llevaba un maletín de tono miel opaco de aspecto viejo y maltratado. Algunas hojas de papel blanco eran visibles al haber quedado machucadas entre las fauces escuálidas de éste. Él, muy delgado y muy propio para sentarse, observó su reloj para mostrar su inconformidad al no ser atendidos rápidamente por la mesera. Se lo mostró a su acompañante con frustración, pero al mismo tiempo con orgullo, pues era un exquisito reloj Omega, redondo, extra plano de oro blanco y de extraordinaria manufactura. Ella solamente lo observó y no dijo una sola palabra. Pasaron algunos minutos y nadie se acercaba a la mesa hasta que él se levantó de su silla y con voz firme exigió un menú y haciendo la señal universal de la paz con sus dedos, pidió 2 cafés. De inmediato se acercó una joven mesera de cabello rubio, rizado, mirada nocturna y sonrisa lunar.

— ¿Leche y azúcar? —preguntó cordialmente.

— Lo tomamos negro, gracias.

—Muy bien, ¿le gustaría ordenar...

—Sólo café...negro. Sólo café.

—Gracias, con su permiso.

Abrió el maletín, sacó una fotografía y varios papeles. Le puso algunas copias a la joven mujer cerca de su café y le dijo que pusiera atención a la cláusula sobre las propiedades. Ella no respondió. Su silencio hacía que el desayuno fuera incómodo y enigmático para ambos. Enojado, tomó su café y lo bebió apresuradamente sin importar el ardor que sentía en su lengua y su paladar. El hombre se quedó serio, estático, mirando hacia el umbral de un abismo que él mismo había creado. Miró a su alrededor y lo que antes era un pequeño restaurante de colores

cálidos y esencia de hogar utópico, se había convertido en un lugar áspero y cenizo. Sus paredes eran frías, oscuras y los hongos del pasado ocupaban cada espacio del techo agrietado. Los dos ventanales lo veían con reprensión, violando hasta el pensamiento más escondido en la tumba de sus pensamientos. ¿Acaso la vida no era más que un carrusel apto para los immaculados?

Tomó las pálidas manos de su acompañante sin mirarla a los ojos. Hermosas manos de crema etérea, blancas, níveas, puras como el plumaje celestial de serafines, largos dedos cual tallos de tulipanes plateados y uñas hechas con el mármol del Olimpo. Con infinita delicadeza acercó las manos de diosa a sus labios, cerró los ojos, suspiró profundamente y las besó con ternura. Hubiera querido unirse a ellas al contacto con sus labios para así alcanzar la perfección y quizá la redención a su realidad, pero eso no sucedió. Sus ojos seguían cerrados y en ese trance sólo estaban él y las manos tibias que yacían entrelazadas bajo la adoración de sus labios. Un silencio misterioso rodeaba su entorno.

Al abrir los ojos, lo primero que vio fue la taza de café todavía llena que ella nunca se tomó. Todo seguía en silencio y al incorporarse vio a toda la gente que hacía apenas unos minutos disfrutaba en paz los placeres del desayuno. Todos corrían asustados como locos hacia la puerta de salida. Las meseras y trabajadores del establecimiento también corrían como huyendo de algo o de alguien. El pánico en su mirada y los gestos de ansiedad demostraban que el terror verdaderamente se filtraba por debajo de su piel. El sonido a la escena que el hombre presenciaba todavía no regresaba. Fue hasta que vio una luz roja-azul que se paseaba en forma circular por las paredes, que despertó de su trance.

Apresuradamente, cerró el maletín y salió huyendo a toda velocidad por la puerta trasera.

—*¡Bang, bang, bang!*

Una sinfonía estruendosa de diferentes calibres se dejó escuchar mientras una lluvia de plomo despedazaba los adentros del hombre, desgarrando cada músculo, exprimiendo cada arteria...castigando cada membrana, cada nervio de su firme cuerpo. Una hambrienta bala de calibre .45 alcanzó su hombro derecho. El maletín voló por los aires dando varios giros, abriéndose y arrojando cientos de hojas, algunos instrumentos quirúrgicos y dos pálidas manos mutiladas. El maniático se desplomó sobre la superficie de caliche quedando cubierto por un manto de hormigas moradas. Al fondo, sobre una mesa sólo quedó una fotografía empapada por café negro y una dedicatoria: “Para Adán, mi hermano precioso...un beso, Eva”.

Tierra

Un niño se perdió en un bosque. Un bosque triste, tétrico y tenebroso lleno de árboles flacos y desnutridos con brazos como de esqueleto y cabellera color púrpura. Un hermoso cuervo con plumas de diamantes negros lo seguía mientras de su pico inclemente brotaban “Las letanías de Satán” en francés antiguo. El niño aterrado comenzó a correr, sus pies desnudos se enredaban entre la dura maleza que los raspaba y los hacía sangrar. El niño corría y corría invadido por el terror de este paisaje *Burtoniano*. El ave siniestra que seguía volando justo encima de su cabeza gritaba, y el “¡Oh Satán!” retumbaba entre las venas gruesas de los troncos vetustos que crujían con el viento como la leña cruje al ser vencida por el fuego.

En su escape, un río de sustancias amarillentas se atravesó en su camino. La corriente arrastraba cientos de peces muertos, todos flotando sobre la aterradora superficie de navajas y olvido. Sin pensarlo, el niño dio un salto infructuoso intentando cruzar el holocausto bajo sus pies. Cayó en las aguas purulentas y se vio rodeado de muerte, despojos humanos y cabezas cercenadas. Asustado y casi ahogándose, salió del río a gatas, tosiendo y dando gritos estridentes como animal de rastro implorando misericordia. Se tumbó en la hierba opaca y se dio cuenta que el ave infernal había desaparecido. Se incorporó. Volvió la mirada y el bosque era un monstruo gigantesco hecho de fuego y explosiones, de balas y granadas: el infierno creado por el hombre. Una gran bandera de tonos camuflados desplegaba la leyenda, “Bienvenidos a T”.

CHAPTER V

DÍAS ESTRAMBÓTICOS

La hostería

Las gotas de agua caían con violencia como si el cielo escupiera martillos sobre el capacete de mi auto. Llevaba horas manejando y la noche parecía hacerse cada vez más negra. Mi cabeza era un hormiguero de recuerdos. Siempre fui fiel a mis ideales, a mi familia, a mi mujer, ¿por qué me pagaba de esa manera? El simple hecho de recordar su mirada me transportaba al instante mismo en que la encontré con otro hombre. Maldita. Alejarme de ella, era el motivo por el que había decidido internarme en el centro de Europa. Tenía que huir de mi pasado tormentoso y poner mis pensamientos en orden. Quizá intentar rehacer mi vida.

Maldita. A lo lejos vi un letrero iluminado que decía *Herberge-Hostel* y viendo que era imposible manejar contra las fauces de la tormenta, decidí detenerme en ese hostel.

Mi alemán no era muy bueno, pero podía darme a entender. Sin batallar mucho alquilé un cuarto y me dirigí a descansar. Al caminar por el largo pasillo que conducía a las habitaciones, me percaté que en medio del vestíbulo había una mujer muy hermosa sentada en un gran sillón de terciopelo negro. Su piel pálida era un paisaje molecular que los mismos dioses teutones debieron haber diseñado y una estampida de corceles negros deslizaba por su larga cabellera hasta cubrir sus dóciles pechos. La vi con discreción sin insinuarme de forma ordinaria, pero sí la saludé con una mirada cordial y ella asintió con una sonrisa. De prisa entré en mi

habitación para asearme un poco y de inmediato regresé al vestíbulo para conocer a la bella mujer.

La velada resultó una grata sorpresa. La mujer no sólo era hermosa, sino que era también sofisticada y muy inteligente. Tocamos diversos temas, como la evolución del cine en México y el expresionismo del cine alemán en *El gabinete del doctor Caligari* ¡Coincidíamos en todo! Era la mujer perfecta y era toda para mí. Estábamos solos, ya eran más de las dos de la madrugada y después de varias botellas de vino, el alcohol había empezado a enardecer la sangre. Sus largas manos acariciaban mi rostro y se perdían entre mi cabello. Yo la veía con ojos de depredador hambriento justo antes de despedazar a su presa y ella, estática, me extendía la invitación. Sucedió lo inevitable y me lancé vorazmente sobre sus labios para consumir su boca inmoral. A pesar de ser una mujer de belleza deslumbrante, sus labios eran como lijas y su lengua era larga, pegajosa y daba giros muy peculiares dentro de mi boca. De pronto, sentí un piquete en el paladar y mis glándulas salivales se alteraron al probar la sangre amarga que invadía mi boca. Sobresaltado, empujé a la mujer y me levanté del sillón. La observé desconcertado. Vi su boca cubierta de mi sangre. Mi pulso se aceleró, no entendía bien lo que estaba pasando. Estaba aterrado, pero lo que me erizó la piel fue al ver cómo sacó su lengua bífida y en dos movimientos lamió el líquido escarlata que cubría sus labios. Salí disparado rumbo a mi habitación y me encerré. Agitado, caí de rodillas sobre la alfombra tratando de entender qué era lo que había sucedido. Tiene que ser el alcohol, me dije en voz alta y, sin darme cuenta, me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo pasó, pero al abrir los ojos me sentí paralizado, desnudo e indefenso, invadido por una sensación espeluznante. Cientos de serpientes se arrastraban a mi alrededor y por debajo de mi espalda. La oscuridad devoraba las paredes de la habitación y sólo podía escuchar el sisear de los reptiles mortíferos. Me sentía débil, confundido, drogado, no podía

coordinar mis movimientos y el sudor ahogaba mis poros. De pronto, vi una silueta enorme que, con sutileza, se echó encima de mi cuerpo. Pude sentir sus mechones negros sobre mi rostro y comprendí que era la mujer del vestíbulo. Pero ya no era la mujer seductora. Lo que estaba encima de mí se sentía como un pesado bulto escamoso que se frotaba de forma extraña sobre mi pecho. Luchaba por moverme, por escapar de ese bulto, ese ser que me oprimía, pero mi fuerza me había abandonado. La temperatura en mi entorno cambió. Era un calor húmedo que me asfixiaba y me adentraba más en mi delirio. El ser jadeaba desenfrenado, su respiración era ronca como la voz de las bestias apareándose al amanecer. Me vi petrificado, consumido por el miedo ante la incertidumbre de mi vida. Fue en ese instante que sentí un aguijón que se clavaba como una bayoneta sobre mis genitales. El dolor era agudo y dejé escapar un grito de terror al momento que el mar rojo del *Éxodo* se desbordaba entre mis piernas. Me sentí morir al entender que mi carne estaba siendo perforada igual que la de un mártir al ser atravesado por una lanza.

A la mañana siguiente escuché sirenas de patrullas justo a las afueras del hostel. Me levanté intacto, como si nada hubiera pasado. Salí corriendo al ver un auto idéntico al mío hecho pedazos incrustado contra un árbol enorme. Una vez más el pánico invadió mi cuerpo al ver que el conductor del auto yacía muerto, su cráneo fracturado, bañado en sangre... inmolado cruelmente por una rama gigantesca. En la cajuela, los oficiales de la policía encontraron el cuerpo mutilado de una mujer de cabellos negros cubierta por un centenar de serpientes. Nadie notó mi presencia. Me alejé caminando en busca de un nuevo albergue.

El murmullo de la noche

El hombre se paró al borde del edificio. Su mirada perdida reflejaba el vacío y el hielo perpetuo de la soledad. Como un perro confundido que no entiende lo que es el tiempo, el hombre observaba la ciudad bajo sus pies. Trece pisos eran el obstáculo que separaban la vida y la muerte. Una tormenta de emociones cimbraba sus pensamientos; tenía tantas dudas, tanta aprensión y tanta vergüenza. Ya no soportaba un día más, la decisión estaba tomada y esa tarde iba a dejar de existir. No tenía miedo a la muerte ni al impacto de su cuerpo con el pavimento al quedar hecho pedazos una vez que saltara al vacío. El zumbido de abejas que se había enganchado en sus oídos no dejaba de sonar, era un sonido que producía ecos y vibraciones en su cabeza como una campana en una catedral abandonada. Esta tarde tenía que morir. Estaba tan encerrado en el calabozo de sus pensamientos que no se percató de que una joven mujer vestida enteramente de negro lo observaba con serenidad. Entre sus largos dedos sostenía una elegante boquilla de plata por la cual inhalaba el tabaco que acariciaba sus pulmones.

— ¿Por qué lo piensas tanto? Ya, brinca, ¿por eso estas aquí, no?

El hombre volteó al escuchar la voz femenina que le ordenaba qué hacer y vio a la mujer que le sonreía y lo observaba con una mueca sardónica mientras fumaba con delicadeza.

— ¿Quién demonios eres tú y por qué me espías?

—No soy nadie y no estoy aquí—dijo en tono de burla haciendo una pausa. No te estoy espionando, salgo aquí todas las tardes a fumar antes de terminar mi día.

—Pues ya lárgate, estoy ocupado.

—Me largo cuando yo me quiera largar, no cuando tú me lo exijas. Además, ¿por qué te quieres matar? Ya pasan de las 7 de la tarde, ¿no tienes que irte a tu casa? ¿no tienes esposa, hijos...?

El hombre sintió un ardor en la nuca y una rabia haciendo erupción por todo su cuerpo. Su mirada cambió, se dio la vuelta y bajó el escalón que dividía la azotea con el borde del edificio. Caminó de prisa hacia la mujer sin quitarle de encima su mirada endemoniada y sin darle tiempo de exhalar el humo de su boca, la tomó con fuerza del cuello, la sujetó contra la pared y la apuñaló cuatro veces en el vientre. Con sus manos en el estómago cubiertas de sangre, la mujer cayó de rodillas al suelo. Una expresión de sobresalto y una lágrima cubrieron como un velo la superficie de su rostro enmudecido; su cuerpo ladeado quedó recargado contra la pared.

El suicidio fue fallido. Como un autómatas, el hombre salió disparado de la escena del crimen y se marchó caminando a su casa. La noche empezaba a acariciar la ciudad y el bullicio en las calles disminuía. Al ir caminando apresuradamente, un gran zopilote de alas golpeteadas cayó del cielo sobre la banqueta, en sus garras tenía una paloma blanca que intentaba escapar ante la mirada desconcertada del hombre. Le sacó la vuelta al ave rapaz que seguía consumiendo a la frágil paloma. Su cabeza era como la corona enmarañada de un rey de la nada, de la melancolía y la locura del olvido. Continuó su trayecto y al dar vuelta en una esquina se topó con dos hermosas mujeres que bailaban desnudas en medio de la banqueta y reían como locas mientras que el hombre las veía con ojos de dragón. Como perro rabioso se lanzó sobre los cuerpos helénicos y al abrazarlos simultáneamente, ambos se rompieron y sobre el suelo quedaron esparcidos los brazos, piernas y cabezas de dos maniquís desnudos. Al ver los fragmentos de plástico ante sus pies, el tipo se echó una carcajada que retumbó en las calles desoladas y que atrajo una manada de gatos que salieron de una alcantarilla y empezaron a lamer

un gran charco de sangre donde flotaban los cuerpos mutilados de dos mujeres. Aterrado, empezó a correr, le urgía llegar a su casa; el santuario que lo protegiera de la locura que acontecía frente a su mirada. La noche por fin llegó y cubrió con su manto tenebroso cada rincón de la ciudad, cada paso temeroso del suicida fracasado. Escuchaba un ligero murmullo que se penetraba por sus oídos de forma lacerante, pero no había nadie, solamente la calle perpetua que parecía no tener fin, la noche misteriosa y la serpiente alucinógena que jugaba con la realidad.

Llegó a una carpa de circo enorme. Sin tener opción de caminar para otra parte, entró por las puertas de colores. El ruido era un desfile disonante de aplausos, risas, rugidos de felinos y paquidermos que barritaban sin control. Por más que intentaba ver quiénes eran todas esas personas, no podía distinguirlos ya que un gran reflector lo bañaba con luces que cambiaban de color. En la pista había una docena de mujeres hermosas vestidas con trajes simbólicos y cubiertos con plumas y llenos de glamur que bailaban y sonreían al verlo con emoción y le extendían la invitación para que pasara al centro de la pista. Titubeante, pero emocionado al mismo tiempo por tanta hermosura, llegó al centro de la pista donde había una mesa redonda con un pastel enorme lleno de velas negras y en medio de las velas estaba su propia cabeza cortada. Bajo las tiras de piel y arterias que le brotaban del cuello, las palabras “¡Felicidades, papá!” escritas en letra cursiva adornaban la macabra plancha de betún y sangre. Su rostro se congeló al presenciar aquel panorama sangriento que estallaba ante sus ojos como un filme de horror de la década de los setenta. Como un toro acorralado, arremetió brutalmente contra las mujeres destruyendo todo lo que había a su paso. Corrió despavorido por un sendero de tierra hasta que encontró la calle otra vez.

El murmullo de la noche seguía escalando en sus oídos como arácnidos que van tejiendo sus telarañas de hambre pegajosa para atrapar el más succulento manjar de medianoche. Agotado y confundido por la velada demente que lo seguía desde el incidente del edificio, cayó al áspero suelo de concreto e irrumpió en un llanto doloroso y desgarrador como el lamento de una madre que ha perdido a su hijo unigénito, hasta que perdió el conocimiento. Los sonidos de un tren lo despertaron. Levantó la vista y frente a él había una enorme vía de ferrocarril en forma de ovalo y una brillante locomotora de juguete color rojo metálico que corría a toda velocidad. En el epicentro del ovalo formado por las vías férreas, había un niño pequeño vestido de maquinista. El hombre se levantó para ver el rostro del niño que yacía de espaldas a él. Se fue acercando lentamente y al estar de frente vio que el niño estaba sentado en un charco de sangre; un centenar de moscas volaban a su alrededor mientras el niño devoraba con ansiedad lo que parecían despojos humanos, a su costado la mitad de un torso sin brazos ni piernas confirmaba lo que el niño, inocentemente, llevaba a su boca. Invaso por el horror, corrió a salvar al niño, pero al hacer contacto con su tierna piel, miles de mariposas estallaron por los aires desintegrando la existencia de la inocente criatura.

Por fin llegó a su refugio. Todo lucía impecable, un pelo no había en la duela de madera que brillaba de la pulcritud que encerraba la morada. En la cocina todos los platos estaban guardados, todos los electrodomésticos eran del mismo color y la estufa parecía recién salida de la fábrica. Era un hombre ordenado, impecable, perfeccionista. Moría de sed y abrió el refrigerador para sacar una bebida helada. Movi6 un recipiente de plástico que estaba lleno de dedos humanos y sacó un refresco de cola. Al abrir el congelador para sacar hielos, vio el cerebro congelado que le esperaba para su deliciosa cena. Por fin, sintió paz en su corazón y la serenidad invadió su cuerpo.

— ¿Qué felicidad, no? —le preguntó con firmeza una voz de mujer.

— ¿Quién dijo eso? —respondió agitado.

—Eres un bastardo, un maldito cobarde que se aprovecha de los inocentes.

—No te veo, ¿Quién eres? ¿Dónde estás? ... ¡No puede ser! ¿Tú?

La mujer del edificio salió de entre las sombras, sólo que su apariencia había transmutado.

Seguía vestida de negro y su vientre seguía cubierto de sangre, pero no tenía párpados y sus ojos era totalmente negros y brillaban como una piedra de obsidiana. La piel de su rostro tenía una apariencia rasposa como una lija y era pálida como los huesos de la muerte. En su frente y sus mejillas un sinfín de pequeñas venas moradas y verdosas tapizaba la textura helada de su cara.

El hombre tembló ante esta imagen fantasmagórica.

—Por Dios, ¿qué eres?

— ¿Me preguntas qué soy? ¿Qué eres tú? Un monstruo, un aberración para el hombre, eres lo más repugnante y vergonzoso que jamás haya existido. Ni los animales, se comen a sus...

— ¡Cállate, no sigas...no sigas!

De pronto la puerta de la casa voló en mil pedazos. Un escuadrón de policías con rifles de asalto y armas de alto calibre entró a la casa buscando algún sobreviviente. La casa estaba vacía. Lo que encontraron fue el refrigerador lleno de partes humanas almacenadas cuidadosamente en contenedores de plástico e identificadas con fecha de caducidad. En el baño encontraron un conejo de peluche manchado de sangre y una locomotora de juguete que también se llevaron como parte de la evidencia.

A la mañana siguiente, el sol empezaba a acariciar cada rincón y a limpiar con un poco de luz y esperanza las calles de la ciudad ultrajada. Un nuevo día comenzaba; para muchos, una ventana de oportunidades para deshacer el mundo y vivir al máximo cada segundo. Para otros, el fin del camino terrenal; el descanso en el paraíso o el castigo eterno.

—Descanse en paz y tenga la vida eterna.

Fueron las últimas palabras del sacerdote al hacer la señal de la cruz y rociar agua bendita sobre el cadáver del hombre que yacía despedazado en medio de la calle.

Estación de tren

La mujer terminó de escribir, metió la carta en un sobre amarillo y se recostó en su cama. En su rostro no había expresión alguna. Su mirada vidriosa se penetraba en el techo y las vigas de madera que adornaban su recámara. Era una mujer hermosa y sumamente delgada. De cabellera larga y oscura que le llegaba por debajo de los hombros y de ojos grandes como los de una muñeca de porcelana. Era una cantante de ópera que desconcertaba por su belleza y su voz, pero lo que más llamaba la atención era lo impresionante de que cómo siendo tan pequeña y tan delgada lograba producir las notas más altas e intensas. La prensa la adoraba y resaltaba siempre que a pesar de tener un torso tan frágil, cantaba como las diosas de la antigua Grecia. La fama había llegado a su vida desde muy joven y el dinero llenaba sus cuentas bancarias, sin embargo no era feliz. Tenía que enviar la carta lo antes posible, antes de que enloqueciera, antes de que fuera demasiado tarde.

Toda su desdicha comenzó después de presentar, lo que los medios de comunicación nombraron como el acto de ópera más hermoso del último siglo en el Teatro de la Ópera en Viena. La lluvia de flores y aplausos la llevaron a la cumbre de su carrera, pero al regresar a casa las voces empezaron a invadir su mente. Primero pensó que quizá eran los efectos del alcohol y el cansancio, pero al pasar los días las voces no desaparecieron; al contrario, se volvieron más intensas y reales.

— Perséfone, cantas muy mal, tu voz es demasiado aguda....

— ¿Quién me dice estas cosas? —preguntaba angustiada.

— Tu voz es como la risa de las hienas y jamás alcanzarás la nota perfecta.

La mujer no entendía de donde provenían esas acusaciones y esas voces perversas que retumbaban en su cabeza. Día y noche las voces no paraban y eran como un zumbido constante, como una plaga de arañas que había construido un nido adentro de sus oídos y se agrandaba a cada minuto. Empezó a perder peso, a demacrarse y poco a poco fue cancelando sus presentaciones. Las alucinaciones llegaron a su vida a tal grado que empezó a causarse lesiones severas por todo su cuerpo. Ya no sabía qué hacer. Cayó en una depresión que la mantuvo varios días hospitalizada; tomó la sugerencia de su representante y decidió tomarse unas vacaciones.

— Y ¿qué decía la carta? —preguntó el hombre en tono desesperado.

—Un momento, ahorita llego a esa parte del relato.

—Es que esta historia me tiene intrigado, no puedo creer que sea algo verídico.

—Lo es, el padre de Perséfone fue muy amigo mío, por eso le puedo contar esto con exactitud. Escuche y entenderá.

Una mañana, la cantante de ópera despertó histérica rascándose los brazos y el cuello de forma vertiginosa y violenta. Aterrada empezó a ver que algo se movía por debajo de su piel. Sus uñas hurgaban entre sus poros queriendo encontrar la raíz de esa comezón infernal que la había despertado del sueño, pero el filo de sus uñas no era suficiente para extraer aquello que se movía haciendo movimientos en curvas emulando el arrastrar de un reptil. Invadida por el terror, corrió a la cocina y tomando el cuchillo más afilado lo encajó en su antebrazo. Cayó al piso, pusilánime, hecha pedazos por el dolor y un grito ensordecedor estremeció toda la casa al instante que miles de hormigas furiosas brotaban por la abertura de su piel. Un piélagos de sangre inundó la cocina y la mujer permaneció flotando entre las olas rojas de su inconsciente. Al abrir

los ojos, se encontró desnuda debajo de un árbol en un hermoso jardín donde una serpiente le sonreía y le ofrecía de comer una fruta deliciosa.

Primera carta de Perséfone a su hermano.

“A mi querido hermano, Ícaro

Te escribo esta carta porque mañana ya no existiré. Te preguntarás cómo puedo estar tan segura de la tragedia que está a punto de sucederme y lo único que puedo decirte es que los he escuchado. Adentro de mi cabeza, de mis oídos, de mi garganta y hasta debajo de mis uñas. Ahí están todo el tiempo molestándome, recordándome lo inevitable. Recordándome el destino fatal que me espera si no produzco la nota perfecta en mi próxima presentación. No puedo entender que es lo que quieren si la crítica siempre me favorece y el público abarrota los teatros y las casas de ópera donde me presento. Querido hermano, no sé qué hacer. ¿Recuerdas cuando éramos niños y cantaba en la plaza y la gente me aplaudía? Y luego tu pasabas una caja de zapatos vieja y toda la gente me recompensaba con sus propinas... qué días de felicidad aquellos, Ícaro. Esos días se fueron para nunca volver. La oscuridad que nubla mi presente es una penumbra mortal. Desde que murió papá y tus alas te llevaron al nuevo mundo hace diez años, nada ha vuelto a ser lo mismo, estoy en el infierno. Maldito Océano Atlántico, maldita la distancia, maldita sea América. Si tan sólo estuvieras aquí conmigo en esta última noche de mi existencia; si tan sólo esta noche pudiéramos ser pájaros estelares...si tan sólo esta noche pudiéramos ser.

Te quiero,

Perséfone.”

Carta de Ícaro a su hermana.

“Querida Perséfone,

Me aterra leer lo que te está sucediendo. Casi puedo probar la ansiedad y la melancolía de tus palabras. Perdóname por no estar a tu lado. Y solamente espero que cuando esta carta llegue a ti, no sea demasiado tarde. En tu carta me explicaste que los puedes oír adentro de tu cabeza. Eso es muy ambiguo, ¿a qué te refieres? Hermana, tienes que tranquilizarte, eres una gran artista, la mejor cantante de ópera de toda Europa y esto no lo digo por ser tu hermano, tú sabes muy bien que la crítica mundial te alaba. No me puedo imaginar qué es lo que te sucede, pero creo que necesitas atenderte. ¿Ya consultaste con un médico? Por favor, hazlo. Al igual que tú, tengo muy presente los hermosos recuerdos de nuestra infancia; desde tus cantadas en público y las tardes de toros con papá. Te prometo que muy pronto volaré hacia ti. Por favor espérame, pronto estaremos juntos y todo cambiará. Lo prometo.

Tu hermano,

Ícaro.”

Segunda carta de Perséfone a su hermano.

“Hermano, me estoy muriendo. Hay gusanos debajo de mi piel y por las noches una fuerza toma mi cuerpo y entra en mí. Siento que soy la concubina del diablo. Ícaro, no estoy loca, algo sucede en esta casa. He intentado quitarme la vida, pero algo no me lo permite. Las voces han desaparecido, pero ahora la tortura llega a mi cama por debajo de las sábanas. Una fuerza descomunal me paraliza, se apodera de mis manos y piernas y quema mis adentros como navajas desgarrando la piel. Hermano, sólo tú puedes ayudarme. Creo que todo esto está

relacionado con los viajes que hacíamos con papá al bosque cada año en otoño cuando éramos niños después del fallecimiento de mamá. ¿Recuerdas cuando te fracturaste las piernas al intentar volar de un árbol? ¿Te acuerdas del enorme búho al que le teníamos pavor y que nunca se iba de nuestra ventana? Todo está muy borroso, pero sé que tu memoria no te traiciona y es más confiable que la mía. Quiero creer que esto es una pesadilla, que al terminar de redactar esta carta, despertaré y volveré a ser la cantante de ópera que el público pide y que un día fui, pero ya es imposible. Hoy soy una balsa fracturada que flota a la deriva, que necesita ser rescatada de la inmensidad de un océano pútrido en el cual la maldad y la muerte lentamente destruyen mi cuerpo. Ayúdame, ven a mí.

Te necesito,

Perséfone.”

Una semana después de haber recibido el terrible comunicado de su hermana, Ícaro arribó a Europa. Tenía una década de no pisar la madre patria, por fin después de mucho sacrificio y con el sentido de urgencia que demandaba su hermana, se dirigió a buscarla. Por fin llegó a casa de su hermana. La puerta estaba abierta y la casa era un desorden total. Había lámparas en la alfombra, sillas destruidas, espejos rotos, manchas de sangre por toda la casa y un fuerte olor a comida echada a perder. “Perséfone, ¿dónde estás?”, preguntó el hermano con voz firme. Nadie contestó. Llegó a la recámara y ahí la vio. Levitando dormida encima de su cama estaba Perséfone. Un escalofrío cimbró el cuerpo del joven que miraba con asombro el frágil cuerpo de su hermana. Se acercó y siendo cauteloso, bajó el cuerpo flotante y lo acomodó en la cama. La débil mujer abrió los ojos y vio a su hermano que finalmente estaba con ella. Se abrazaron en un abrazo que capturó todo el amor y la angustia que al mismo tiempo perforaba sus almas.

—He leído que el olor a podrido es una indicación de infestación demoniaca,

—interrumpió el hombre que seguía escuchando la historia con mucha atención.

—No lo sé de cierto, únicamente sé que la mujer estaba bajo un tipo de opresión,

—contestó el viejo que contaba el extraño relato.

Esa noche, Ícaro pasó la velada más espeluznante de su vida. Toda la casa fue invadida por una presencia demoniaca que oprimía su pecho al respirar. Escuchaba risas de niños y sentía que lo observaban. No fue hasta que sintió una respiración en la base de la nuca cuando estalló y sus gritos de pánico irrumpieron el silencio aterrador que envolvía la casa. Una voz ronca en su cabeza le habló con suavidad.

—Ícaro...Ícaro...ángel de alas transparentes, pájaro nocturno que vuela con el sol...Ícaro.

— ¡Esto no es posible! —gritaba mirando al suelo con las manos enterradas en el cabello.

—Ícaro, ya llegó la hora. Vuela como lo indica tu nombre, vuela al sol, vuela a la luna, a las estrellas... sé libre como un depredador sideral y devora el mundo.

Invadido por una fuerza sobrenatural, el joven hizo tal como le ordenaba la voz mefistofélica de su cabeza. Subió a la planta alta de la lujosa mansión de su hermana, salió al balcón, extendió sus manos y emulando tener alas, se arrojó al vacío. Su cráneo quedó hecho pedazos entre las rocas y la sal del mar, que se convertía en espuma al golpear con violencia los cimientos de la casa, quedó teñida de rojo por el torrente de sangre que brotaba de la humanidad de Ícaro.

Esa misma noche Perséfone dejó de existir mientras dormía y pasó de ser la concubina del diablo a ser la reina del inframundo. El pacto se había cumplido. Padre y madre estarían juntos una vez más mientras sus hijos sufrirían en las tinieblas por toda la eternidad.

— ¿Entonces su padre la consagró a Lucifer?

—Pues es la única explicación lógica a este relato, —dijo el extraño viejo.

—Pero... ¿y si el demonio no existe?

—Bueno mi querido amigo, eso ya es cuestión de percepciones y creencias religiosas.

—Me cuesta trabajo tomar con seriedad este relato, —replicó el escéptico.

—Este tipo de cosas suceden todos los días, caballero.

El viejo sonrió amablemente revelando su afilada dentadura, levantó su maleta del suelo y abordó el tren.

REFERENCES

Baudelaire, Charles. *Las flores del mal*. Ed. Castellón Enrique. López. Madrid: Edimat Libros, 2007. Print.

"Carlos Enrique Taboada." *Más de cien años de cine mexicano*. Web. 13 nov. 2013.

<http://cinemexicano.mty.itesm.mx/directores/carlos_taboada.html>.

Chéjov, Anton. "La técnica del cuento". *Teorías del cuento I*. Lauro Zavala, Comp. México: UNAM, 2008. 19-26.

Dickstein, Morris. "The Aesthetics of Fright." Ed. Barry Keith Grant. *Planks of Reason: Essays on the Horror Film*. Metuchen, NJ: Scarecrow, 1984. 70. Print.

El espejo de la bruja. Dir. Chano Urueta. Estudios Azteca, 1962. DVD.

El libro de piedra. Dir. Carlos Enrique Taboada. Producciones AGSA, 1969. DVD.

El vampiro. Dir. Fernando Méndez. Cinematográfica A.B.S.A., 1957. DVD.

Hasta el viento tiene miedo. Dir. Carlos Enrique Taboada. Tauro Films, 1968. DVD.

Hoffmann, E. T. A. *Tales of E.T.A. Hoffmann*. Trans. Leonard J. Kent and Elizabeth C. Knight. Chicago: University of Chicago, 1969. Print.

Huidobro, Vicente. *Altazor*. Madrid: Visor, 1973. Print

Huidobro, Vicente. *The Poet Is a Little God: Creationist Verse*. Comp. Jorge García-Gómez. Riverside, CA: Xenos, 1990. Print.

Jodorowsky, Alejandro. *El tesoro de la sombra: Cuentos y fábulas*. México, D.F.: Debolsillo, 2007. Print.

Jodorowsky, Alejandro. *El Topo: A Book of the Film*. First Ed. New York: Douglas Books, 1971. 97. Print.

Lem, Stanislaw, and Robert Abernathy. "Todorov's Fantastic Theory of Literature." *Science Fiction Studies* 1.4 (1974): 227-37. Web. 13 nov. 2013.
<<http://www.jstor.org/stable/4238877>>.

Lovecraft, H. P. *Supernatural Horror in Literature*. New York: Dover Publications, 1973. Print.

Citado en Weaver, James B., and Ronald C. Tamborini. "Frightening Entertainment: A Historical Perspective of Fictional Horror." *Horror Films: Current Research on Audience Preferences and Reactions*. Mahwah, NJ: Erlbaum, 1996. 3. Print.

Martínez Maestre, José Ramón. *Horror gótico I*. 1era ed. Lulu.com, 2009. 9-10. Print.

Maupassant, Guy de. "El objetivo de escritor". *Teorías del cuento I*. Lauro Zavala, Comp. México: UNAM, 2008. 69-72.

Poe, Edgar Allan. "La unidad de impresión". *Teorías del cuento I*. Lauro Zavala, Comp. México: UNAM, 2008. 13-18.

Poe, Edgar Allan. *Tales of Mystery and Imagination*. London: George C. Harrap and, 1919. Print.

Poe, Edgar Allan. *The Complete Tales and Poems of Edgar Allan Poe*. New York: Barnes & Noble, 2007. 68. Print.

Quiroga, Horacio. *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. New York: Penguin, 1997. Print.

Quiroga, Horacio. "Decálogo del perfecto cuentista". *Teorías del cuento I*. Lauro Zavala, Comp. México: UNAM, 2008. 29-35.

Santo vs las mujeres vampiro. Dir. Alfonso Corona Blake. Azteca Films, Inc., 1962. DVD.

Weaver, James B., and Ronald C. Tamborini. "Frightening Entertainment: A Historical Perspective of Fictional Horror." *Horror Films: Current Research on Audience Preferences and Reactions*. Mahwah, NJ: Erlbaum, 1996. 2-3. Print.

BIOGRAPHICAL SKETCH

Alberto Alejandro Cabada es licenciado en Letras Españolas. Escribe cuento y poesía y es el autor de los poemarios *Escarlata: Un libro de poemas* (2010) y *Días de púrpura* (2012), ambos publicados por Editorial Campamocha. Su trabajo ha sido publicado en diferentes antologías y revistas literarias en México y Estados Unidos. Orgulloso de sus raíces mexicanas, promueve el español en el Valle del Río Grande a través de su obra literaria y su música. Ha participado en diferentes eventos de creación literaria como el Encuentro de Literatura “Voces en la Frontera”, el Congreso Binacional “Letras en el Estuario”, el Encuentro de escritores “Borderland Writers” y el Valley International Poetry Festival, entre otros.

El murmullo de la noche: Antología de cuentos extraños es el título de su tesis para obtener la Maestría en Literatura Española con enfoque en creación literaria en la Universidad de Texas Pan American. En el futuro, planea ingresar a la University of Texas en Austin para estudiar un Doctorado en Literatura Española con enfoque en la obra de Vicente Huidobro y el movimiento creacionista vanguardista de inicios del siglo XX.